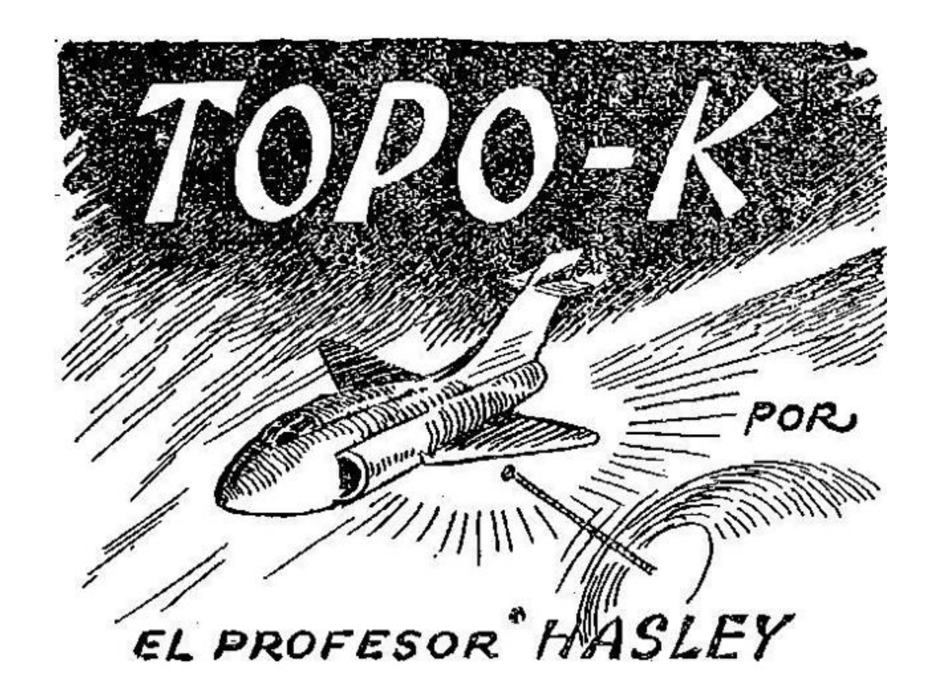

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
TOPO-K
por el PROFESOR HASLEY
5


Profesor HASLEY
TOPO-K
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



CAPITULO PRIMERO

En el cielo azul que, como una inmensa cúpula se cernía sobre el Estado de Wyoming, tres pequeños y brillantes puntos fueron alcanzando gran altura.

—No parecen aparatos de nuestros enemigos.

—No, creó reconocer esas naves. Son aparatos de bombardeo atómico del tipo «Arizona».

—Eso me había parecido, Dan Pero diría que tienen modificada la cola.

—Has acertado, Guy. Lleva doble timón pata facilitar el vuelo vertical.

Los dos hombres cruzaron una mirada de sorpresa. El ruido de los motores de los aviones les hizo abandonar su trabajo para encaramarse sobre aquel risco, desde el cual podían dominar una amplia extensión del paisaje.

En otros tiempos el suceso no hubiera tenido la menor importancia, pero en aquel entonces podía ser registrado como uno de los más extraños acontecimientos de que fueran testigos los dos hombres.

— ¿Tenemos a mano nuestros anteojos?

El llamado Guy irguió un poco la cabeza, pues ambos estaban tendidos en el suelo, y miró a su alrededor.

—Si esperas unos segundos, los traeré.

—Ten cuidado, Guy.

Guy abandonó la ¡posición que ocupaba y, andando a gatas, se alejó de su compañero. Unos veinte metros más adelante se detuvo Se tumbó en el suelo y comenzó a escarbar con sus poderosas manos. Una a una fue apartando las gruesas piedras, que constituían un pequeño conglomerado, y dejó al descubierto una pequeña cavidad.

Aquel pequeño hueco guardaba uno de los más extraños tesoros que pudiera imaginarse. En informe montón se hacinaban una buena cantidad de dispares objetos: brújulas, instrumentos de larga vista, armas de pequeño calibre, carpetas conteniendo planos y dibujos, una pequeña emisora, en fin, un abigarrado conjunto de cosas, más propio de la tienda de un chamarilero que de aquel extraño lugar de las Montañas Rocosas.

Guy metió el brazo y fue palpando hasta tropezar con lo que buscaba. Un segundo después sacaba la mano aprisionando dos poderosos prismáticos.

Con gran cuidado volvió a tapar la pequeña excavación y luego, reptando con codos y rodillas se dirigió de nuevo a su amigo.

—Aquí .están los prismáticos.

Dan alargó su mano y cogió uno de aquellos instrumentos.

Los tres aviones eran tres puntos apenas perceptibles en la inmensidad del espacio. Su velocidad sobrepasaba los doce mil kilómetros por hora e iban alcanzando gran altura, por momentos.

Afortunadamente, los modernos prismáticos que utilizaban los dos amigos, tenían una gran capacidad de visión. Sus poderosas lentes, construidas con un maravilloso material sintético, permitían alcanzar distancias de más de cincuenta mil kilómetros.

Apenas Dan Newport colocó sobre sus ojos el delicado instrumento, apareció en su campo visual la detallada efigie de los tres aviones.

— ¿Te das cuenta, Guy?

—Tenías razón, Dan. Son aviones tipo «Arizona»; el timón ha sido reformado con otra pieza gemela, y las alas tienen un frente de ataque de menos resistencia, pero no cabe la menor duda de que se trata de ese tipo de aparatos.

Los dos hombres continuaron mirando en silencio mientras sus respiraciones se hacían entrecortadas a consecuencia de la emoción que les invadía.

— ¿Sabías algo de esto, Dan?

—Te aseguro que no. Si hubiera tenido la menor noticia te la habría comunicado.

—Parece que llevan la dirección de la «Base Titán».

— ¡Eso es una locura! Estoy seguro de que no podrán llegar. Tienen que pasar forzosamente entre las Bases Ocho y Nueve. La velocidad de esos aviones es muy pequeña, comparada con las unidades que tienen en su

campo de aterrizaje esas Bases.

Dan Newport graduó sus prismáticos y alcanzó un lejanísimo punto del espacio. En su campo visual aparecieron los objetos que buscaba. Se trataba de dos plataformas de grandes dimensiones, que estarían separadas, una de la otra, más de trescientos kilómetros.

Bañadas por el sol de mediodía refulgían como solitarias estrellas en el cielo azul.

Los tres aviones intentaban pasar la barrera formada por aquellos extraños habitantes del espacio.

— ¿Observas algún movimiento en las dos bases?

—Por ahora no, Guy. Diríase que todavía no se han apercibido de la presencia de esa escuadrilla.

—Tal vez la vigilancia esté un poco descuidada, pues no creo que se imaginen la descabellada pretensión de esos hombres.

—De todos modos no conseguirán atravesar esa barrera. Los detectores de esas, bases darán la alarma y los ciento cincuenta kilómetros que separa a la escuadrilla de las bases no significan nada para los veloces aviones contrarios.

—Aunque lograran pasar la barrera tampoco conseguirían su objetivo. Desde el lugar de emplazamiento de las bases hasta la «Base Titán», hay más de veinte mil kilómetros.

—Es una distancia de sobra suficiente para que la escuadrilla sea alcanzada y destruida.

Los dos hombres volvieron a guardar silencio, concentrando su atención en el vuelo de los tres aviones. Minuto a minuto iban aproximándose a la línea imaginaria que unía las dos naves.

Tanto Dan Newport como Guy Lamorisse se devanaban los sesos, intentando encontrar una explicación a lo que estaban viendo.

Ni la más ligera hipótesis venía a sus mentes para darles una orientación sobre aquel enigma.

—Si no me equivoco, se encuentran ya cerca de la línea que une las dos bases.

Dan reguló sus prismáticos y pudo precisar la observación de su amigo.

—En este momento se encuentran a unos doscientos kilómetros.

Nuevamente volvió a dirigir sus prismáticos hacia las enormes plataformas que permanecían inmóviles, como clavadas en el espacio.

— ¡En este momento despega de la Base Ocho un aparato!

— ¡Ya lo veo, Dan! Ya han sido descubiertos. Se dirige hacia ellos.

El extraño avión que había despegado de la Base número Ocho dio unas vueltas en espiral y rápidamente picó en dirección a la escuadrilla. Su enorme velocidad le permitió salvar en pocos segundos la distancia que lo separaba de los tres aviones. Una rojiza columna de vapor salió disparada

desde el ala izquierda de la nave. El avión que ocupaba el flanco izquierdo de la formación fue alcanzado de pleno y, en unos segundos, se convirtió en una masa humeante y retorcida, que comenzó a caer verticalmente, como un pájaro cuyo vuelo fuera cortado por el disparo certero de un cazador.

Los otros dos aviones alargaron la distancia que les separaba entre sí, al objeto de oponer un blanco más difícil a su adversario.

El avión atacante pasó por debajo de los otros dos y volvió a remontarse para atacar de nuevo.

El aparato que ocupaba el ala derecha desvió su vuelo y enfrentó a su contrincante. Una ráfaga de pequeños obuses pespunteó con sus explosiones el águila de acero que, saliendo de la curva, se dirigía hacia el aparato terrestre.

Con el corazón excitado, pudieron ver los dos amigos el estallido de la andanada mortífera lanzada por el valeroso aviador terrestre, pero el desencanto subió de punto al ver que resultaba totalmente Ineficaz.

—Es casi imposible hacer blanco en un aparato que lleva semejante velocidad —comentó Guy.

—Sería preciso tirar desde más lejos —corroboró Dan:

En aquel instante el aparato conseguía su segunda victoria, alcanzando con el rojizo chorro gaseoso a su contrario.

—Ya se ha deshecho de dos —dijo Guy mordiendo las palabras.

El victorioso avión pasó por debajo de la1 cola del único contrincante que le quedaba y se remontó. Luego hizo un cerrado viraje y se dirigió contra el flanco izquierdo de su adversario. Las distancias fueron acortándose, mientras el avión atacante buscaba situarse en el ángulo de tiro. De pronto, el único superviviente de la escuadrilla hizo una inesperada maniobra. El piloto modificó la posición de los timones y el aparato abandonó su trayectoria para lanzarse velozmente contra la nave aérea que se le venía encima. La sorpresa del piloto atacante debió ser enorme, por cuanto maniobró bruscamente, para ganar altura y evitar la colisión, permitiendo que el aparato enemigo pasara por debajo. Pero la maniobra había sido perfectamente calculada por el audaz piloto; apenas había conseguido pasar por debajo de su enemigo, cuando describió una semicircunferencia y, volando invertido, se situaba a la cola de su contrincante.

EL piloto del otro aparato quedó totalmente desconcertado ante la maravillosa maniobra de su enemigo. Cuando quiso maniobrar para escapar de la enfilada era demasiado tarde. El hombre que había sabido conquistar aquella ventaja no estaba dispuesto a perderla. De las dos alas surgieron sendas ráfagas de pequeños obuses que fueron a estallar sobre el fuselaje del avión contrario.

Unos segundos después el aparato caía, totalmente destrozado, en dirección a la tierra.

— ¡Hurra, hurra! —gritó Guy entusiasmado.

— ¡Cállate, condenado! Si no guardas silencio nos van a descubrir.

— ¡Lo conozco, lo conozco! —dijo Guy excitadísimo.

— ¿Qué es lo que conoces?

—Conozco a ese piloto, Dan. En toda la Tierra no hay otro que fuera capaz de hacer esa maniobra.

— ¿Estás seguro da lo que dices?

—Sí, Dan, sí. Esa maniobra de lanzarse contra el enemigo para obligarle a romper la enfilada es creación del mejor piloto que tenemos en la Tierra hace diez años. Se trata de François Leblanch. No tengo la menor duda, ¡es él!

Libre ya de su adversario el avión había continuado su camino, en dirección a la lejana «Base Titán».

—Parece ser que su objetivo es la «Base Titán»,

—Estoy seguro, Dan de que lleva carga de explosivos atómicos. Si consiguiera bombardear la «Base Titán»...

—Sería maravilloso, Guy, pero no creo que debamos albergar ninguna esperanza. Ponte de nuevo los prismáticos y mira.

Guy hizo lo que le ordenaba su amigo y un grito de desaliento se escapó de sus labios. De las dos bases aéreas salían un enjambre de aviones que, a toda velocidad, se dirigían hacia el solitario aparato que había conseguido franquear la barrera aérea.

En menos de un minuto consiguieron darle alcance y se trabó un desigual combate.

El solitario avión maniobró con admirable pericia y consiguió hacer blanco en dos de sus atacantes. Pero la superioridad numérica y potencial de los aparatos enemigos era abrumadora. Durante más de tres minutos continuó la lucha. Una y otra vez consiguió zafarse el audaz piloto de los ataques de sus adversarios, que no conseguían hacer blanco en su enemigo.

Un tercer avión saltó hecho pedazos a consecuencia de una certera ráfaga, pero los desconcertados atacantes habían conseguido reordenar su plan de ataque y poco después conseguían hacer blanco en el avión adversario.

Guy lanzó unas imprecaciones mientras, con ávida mirada, veía descender el retorcido montón de hierros humeantes que servía de sudario a François Leblanch.

— ¡Canallas, canallas! ¡Uno a uno jamás hubieran conseguido derribarle!

—Cálmate, Guy. Aunque no conocía a ese hombre siento tanto como tú el fracaso de su empresa.

No sólo lo han hecho fracasar. ¡Lo han matado!

—Debes tranquilizarte. Estás gritando demasiado.

—Perdóname, Dan. Siento haber perdido los estribos.

—Ya son tantas las víctimas de estos malvados, que me siento incapaz de reaccionar ante una más. La batalla más dura que hemos de librar, es contra nosotros mismos. Son tan limitadas nuestras posibilidades que no debemos mermarlas perdiendo los nervios. Cualquier imprudencia que cometamos es un arma más que les damos a nuestros enemigos.

—Tienes razón. Sólo la esperanza de poder devolverles la pelota algún día me ha hecho soportar estos diez horribles años.

Los dos hombres guardaron silencio durante unos instantes. Tumbados en el suelo, boca arriba y con las manos sobre la nuca, dejaban vagar su mirada por el inmenso espacio, azul, hacia aquel cielo, promesa y esperanza de los hombres de buena voluntad, y que un día se vio nublado por los genios del mal, que descendieron sobre la Tierra como el azote de una plaga bíblica.

Dan Newport era un hombre de unos cuarenta y cinco años. Su pelo negro estaba cruzado por multitud de canas en las sienes; sus ojos, de un negro intenso y mirada brillante, estaban orlados por oscuras ojeras, síntomas de fatigas y privaciones. Aunque su cuerpo todavía conservaba algo de la prestancia y agilidad que en otro tiempo lo hicieron distinguirse en los campos deportivos universitarios, había perdido la alegre arrogancia de aquellos lejanos días.

En aquel entonces el porvenir se le presentaba risueño. Sus estudios universitarios fueron brillantísimos y, una vez terminados, no tardó en labrarse un nombre en el mundo científico. Sus teorías sobre la posibilidad de los viajes interplanetarios habían ido adquiriendo consistencia, hasta cristalizar en un vasto proyecto, que se vio truncado a mitad camino.

Su compañero, Guy Lamorisse, había adquirido renombre como piloto de pruebas y fue el hombre elegido para pilotar la primera nave interplanetaria. Su poderosa naturaleza había sufrido menos que la de su amigo los demoledores efectos de aquellos diez años. Su ancho pecho y su poderoso cuello indicaban claramente que se trataba de un hombre de gran fuerza y vitalidad. Dan lo recordaba en sus tiempos de universitario, cuando él solo era capaz de luchar contra diez hombres. Su fuerza era proverbial en los medios universitarios y cinco medallas olímpicas daban fe de la misma.

Los dos hombres miraban hacia un punto indefinido del espacio, como si pensaran encontrar allí la respuesta al gran interrogante que se cernía sobre sus vidas.

— ¿No te parece extraño lo que hemos visto, Dan?

—Es extraño a medias. Es de suponer que en muchos lugares de la

Tierra se esconden grupos de hombres que, al igual que nosotros, no están dispuestos a soportar pacíficamente la situación. Lo único que lamento es que no podamos aunar nuestros esfuerzos.

— ¡Si al menos pudiéramos movernos con más libertad

—Ya sabes que eso es imposible. Yo mismo me asombro de que hayamos conseguido todo lo que hemos alcanzado hasta este momento.,

—No es mucho, pero es asombroso. Después de todo es nuestra única esperanza.

De nuevo volvieron a guardar silencio. Dan recordaba aquel fatídico día, hacía de esto diez años, en que el risueño horizonte de la vida comenzó a nublarse. Los años transcurridos desde la última guerra mundial de 1939 habían enseñado muchas cosas a los terrestres. Los odios y los rencores se habían apaciguado y una paz creadora se extendía por todos los pueblos del planeta, unidos en una confederación mundial. Los distintos y graves problemas que se iban planteando, como consecuencia del gran aumento demográfico de la población, habían sido resueltos con habilidad e ingenio. Una sola consigna se propalaba de polo a polo: hacer la Tierra habitable.

Todas las fuerzas de nuestro mundo se habían puesto, en acción para conseguir este ideal. Se resolvieron los problemas de la alimentación, se abrieron fuentes inagotables de energía, se consiguió eliminar la miseria de la faz de la Tierra y comenzó a entreverse un maravilloso futuro de expansión cósmica. Pero todo se había venido abajo, como un castillo que estuviera cimentado sobre la arena. Unos seres extraños, con la misma apariencia humana que los terrestres, pero de malvado corazón, habían venido de su lejano mundo a conquistar la Tierra. Sus medios dé ataque, poderosamente desarrollados, consiguieron sojuzgar a nuestro planeta, condenando a la esclavitud a todos sus habitantes.

El mundo del cual procedían aquellos seres se llamaba Helikón.

Dan no tenía más que abrir sus ojos para ver ese mundo fantástico. En el firmamento, al lado del Sol, a: una distancia que parecía ser corta vista desde la Tierra, pero que en realidad era de billones y billones de kilómetros, se veía lucir una nueva estrella, de la misma magnitud que el astro rey del sistema solar y que parecía un hermano gemelo de éste. Aquel era Helikón, el mundo fantástico de donde decían proceder los invasores. Todos los seres de la Tierra sufrían dolorosamente la presencia de aquellos habitantes del espacio, pero sólo Dan y muy pocos hombres más sabían su secreto.

—Vamos a marcharnos, Guy. Corremos el riesgo de que se aperciban de nuestra ausencia.

—Tienes razón. Espera un momento y guardaré los prismáticos.

Dan asintió con la cabeza y su amigo se arrastró hasta el escondrijo. Cuidadosamente fue apartando las piedras que cubrían la cavidad y

depositó en el interior los dos prismáticos que habían estado Utilizando. Luego colocó las piedras en su sitio y volvió junto a su compañero.

—Aunque el lugar del escondrijo no está muy oculto, no creo que den fácilmente con él. Las piedras que cubren la cavidad son lo bastante pesadas para que no puedan ser movidas de allí caprichosamente.

—Así lo espero. No solamente sentiría perder todas las cosas qué tenemos allí dentro. Lo más lamentable sería dar una pista a nuestros enemigos.

Los dos hombres descendieron del montículo en, que se habían situado para ver el paso de los aviones, luego caminaron por un estrecho valle y, torciendo a la derecha, desembocaron en una hondonada de mayores proporciones, donde se asentaba el poblado en el que residían desde hacía diez años.

El lugar fue en otro tiempo el poblado de Rawlins, pueblo de regulares proporciones enclavado en las Montañas Rocosas, en el tramo correspondiente al Estado de Wyoming. En la actualidad había desaparecido casi por completo el conjunto de edificios que formaban este pueblo, para ser sustituido por largos y negruzcos barracones, que servían de albergue a la población minera.

Los hombres de Helikón, habían decidido explotar unos yacimientos de wolfranio, descubiertos en las inmediaciones, y allí habían transportado a más de diez mil seres, encargados de la explotación de las minas.

Aunque era relativamente fácil moverse en una amplia zona, no lo era, sin embargo, escapar de ella. Una serie de puestos de vigilancia, estratégicamente situados por los alrededores, hacía casi imposible huir de aquel infierno. Muchos habían sido los que lo habían intentado, pero ninguno logró salir con vida de la aventura.

En el momento en que Dan y Guy se acercaban a los barracones se oyó el lúgubre bramido de una sirena.

—Date prisa, Guy. Si tardamos un poco más hubiéramos llegado tarde al trabajo.

—Lo peor del caso es que nos hemos quedado sin comer. Nuestra curiosidad nos ha privado de la comida.

—Renuncio gustosamente a ella a cambio de lo que hemos visto.

—Desde luego ha sido un placer ver como mordían el polvo los aparatos enemigos. ¡Lástima que nosotros también hayamos tenido víctimas!

—Lo que más me ha impresionado ha sido ver que el espíritu .de lucha no ha terminado en estos diez terribles años. Otros hombres laboran por nuestra libertad. Mientras no perdamos el valor nada se habrá perdido.

Los dos hombres aceleraron el paso y se metieron en una columna de forzados que se dirigían hacia las minas, bajo la mirada vigilante y

amenazadora de los malditos hombres de Helikón.

CAPITULO II

La pequeña ciudad de Topeka, en el Estado de Kansas, había sufrido una transformación importante en los últimos diez años.

Los invasores de la Tierra, que procedentes de Helikón habían descendido sobre la misma como una siniestra plaga, la habían elegido como puesto de mando central de la gran zona que abarcaba todo el Continente americano, incluidas Canadá y Alaska, desde el Polo Norte hasta el Polo Sur.

Su posición como centro geográfico de los Estados Unidos, les permitía dominar el centro neurálgico que suponía este grande y avanzado país.

Después de las primeras operaciones de descenso sobre la superficie terrestre, en las que fueron destruidos los más poderosos ejércitos de la Tierra, los hombres de Helikón eligieron este pequeño poblado como cuartel general del hemisferio, desde el cual dictaban sus despiadadas leyes.

Toda la población fue deportada .hacia otros lugares de los Estados Unidos; las casas fueron demolidas y en su lugar se elevaron los extraños y audaces edificios que servían de asiento a los vencedores.

Una moderna población sustituyó a la tradicional Topeka. Las calles formaban una serie de circunferencias concéntricas, alrededor de un punto constituí do por un gran edificio, en forma de cúpula, que descollaba por encima de los demás.

La extraña ciudad estaba dotada de todos los servicios necesarios, incluso puntos de acuartelamiento para las fuerzas móviles y dos aeródromos, uno para usos civiles de los invasores y otro de carácter militar.

En el segundo había concentrado gran cantidad de pequeños aparatos de combate, capaces de movilizarse en pocos segundos y acudir a cualquier lugar del Continente donde fuera necesaria su presencia.

Los pequeños aviones eran de tipo cohete e iban pilotados por dos hombres, pero tanto su velocidad como su capacidad de ofensiva eran extraordinarias. Una buena prueba de ello fue su actuación durante el segundo año de la ocupación de la Tierra por los hombres de Helikón: los españoles se levantaron como un solo hombre contra los nuevos invasores. Durante varias jornadas atacaron a las fuerzas de tierra destacadas en aquel país, y su arrojo y valor dio buena cuenta de las guarniciones enemigas, pero pronto se marchitaron los laureles de la victoria. Dos escuadras de aquellos extraños aviones, de cien unidades cada una, se adueñaron del cielo de la Península Ibérica y causaron la destrucción y la muerte a lo largo y lo ancho de la misma. Grandes ciudades como Madrid, Barcelona,

Valencia y Sevilla, fueron reducidas a cenizas y sólo pequeños grupos de patriotas consiguieron salvarse de la matanza, refugiándose en las grandes cordilleras peninsulares. Desde aquel día la Gloriosa Bandera Española se levantaba sobre, las rocas graníticas de las montañas inaccesibles. Aunque la posibilidad ofensiva de aquellos héroes era casi nula, su tenacidad y fortaleza servía de ejemplo y admiración al mundo sojuzgado.

Los hombres que gobernaban desde la ciudad de Topeka el hemisferio americano, aparentaban desdeñar a estos tozudos enemigos, pero en el fondo de su corazón temían que aquel débil arroyo de resistencia "se convirtiese algún día en desbordado río que acabase con su poder tiránico. En aquellos momentos reinaba una actividad más intensa que la normal en el edificio central de la ciudad.

Desde los distintos centros de comunicación llegaban los mensajes hasta el salón central de aquel edificio.

Un hombre, rodeado de su Estado Mayor, iba resumiendo las Informaciones e impartía las órdenes necesarias.

Aquel hombre era la máxima autoridad en todo el hemisferio. Sus gestos eran, fríos y su mirada tenía el brillo del acero.

—Un nuevo mensaje llegado del continente europeo —dijo un emisario recién llegado.

El hombre levantó la cabeza y sus pétreas facciones no se alteraron cuando cogió el despacho entre sus manos.

— ¿Qué sector nos envía el informe? —Ha sido transmitido por el Servicio de Información del Sector Sur Oeste.

—Está bien —dijo el hombre secamente—. Puedes retirarte.

El mensajero hizo un saludo y abandonó la estancia.

— ¿Puedo leer el mensaje, Zador? El hombre alargó el pliego a su ayudante. —Léelo, Glinko. Habrá que borrar del mapa a ese maldito país.

Glinko abrió el pliego y leyó en voz alta:

«Información del Sur Oeste de Europa, transmite a Jefe de hemisferio Americano, por orden del Jefe Supremo».

> «Los aviones que han intentado atacar nuestro centro de represión en la «Base Gran Titán», salieron de un oculto refugio en los montes Pirineos. El jefe de la escuadrilla era el famoso aviador terrestre Francois Leblanch, fugitivo de un campo de trabajo en la Selva Negra y refugiado durante varios años entre los fuera de la ley de las montañas españolas. Hemos iniciado una acción de represalia».

Glinko acabó la lectura del comunicado y escrutó el impasible rostro de

su jefe.

—Tenemos que incrementar nuestras medidas de vigilancia, Glinko.

—Nuestro poder está por encima de nuestros miserables enemigos.

—Sí; su lucha es la de una hormiga contra un elefante, pero ofende nuestro poderío. Aunque tenemos ocupada toda la Tierra, nuestro pueblo es pequeño numéricamente. Se conspira contra nosotros en muchos lugares de la superficie del planeta. Nuestra futura conquista de los demás planetas del sistema solar puede verse entorpecida por la acción de esos locos. Tenemos que tomar medidas.

— ¿Qué piensas que debemos hacer?

—En primer lugar, hay que revisar el censo de todos los terrestres a los que hemos conquistado y sometido. Todos los hombres de ciencia, los aviadores, los antiguos militares que aún estén con vida, deben ser separados del resto de la población.

— ¿Y qué haremos con ellos, Zador?

El aludido levantó sus fríos ojos hasta los de su subordinado.

—Todas nuestras energías deben emplearse en preparar las flotas de invasión que se adueñarán de Marte. No hemos venido aquí a quedarnos como simples carceleros de estas razas inferiores.

Glinko comprendió la siniestra intención de las palabras de su jefe y una leve sonrisa iluminó sus labios.

—De acuerdo, Zador. Se hará una leva para agrupar a los hombres que te interesan, y luego... no tendrás que ocuparte más de ellos.

—Veo que has comprendido. Da las órdenes oportunas para que la operación se realice rápidamente. El destino de esos hombres ha de ver ignorado el resto de la población esclava. Sentiría perder el tiempo en llevar a cabo una represión en gran escala. También sería conveniente que recuerdes a la población, que cualquier desacato al Orden Superior que hoy reina sobre la Tierra se pagará con la vida.

Glinko asintió complacido y se dirigió a preparar la operación planteada.

Mientras se producía esta conversación, otros dos hombres, Dan y Guy, celebraban también un conciliábulo de gran importancia.

Habían entrado con el resto de su equipo en el interior de la mina y durante más de tres horas trabajaron en silencio, bajo la mirada alerta de los capataces. Luego, aprovechando un pequeño descuido, consiguieron adentrarse por una galería lateral, en la que no se trabajaba desde hacía mucho tiempo.

— ¿Crees que nos habrán visto?

—No, Guy. Piemos elegido un momento muy oportuno.

Los dos hombres fueron avanzando en la oscuridad hasta llegar a una pequeña explanada de unos ocho .metros de diámetro.

—Aquí estamos bien —dijo Dan—. Aunque hablemos en voz alta nuestras palabras no llegarán a oídos de nuestros guardianes.

Los dos hombres se sentaron en el suelo y apoyaron sus espaldas contra las desnudas paredes de la tierra.

—Supongo que algo muy importante te ha hecho traerme hasta este lugar. ¿Qué es lo que quieres, Dan?

—Así es, Guy. Tengo que decirte algo muy importante

—Soy todo oídos.

Dan guardó silencio durante unos segundos Como intentando concentrar sus pensamientos, luego, su voz sonó con grave acento en la obscuridad.

—Como tú sabes, Guy, desde el mismo día en que fuimos apresados, ya hace de esto cerca de diez años, hicimos el firme propósito de escapar a la opresión de nuestros enemigos.

—Así es, Dan. Y no solamente de escapar, sino de luchar contra esta feroz opresión que padece el género humano.

Desde entonces hemos laborado en secreto, enfrentándonos con mil dificultades, para llevar a cabo nuestro plan. Poco a poco hemos conseguido establecer una serie de contactos con otros hombres dispuestos a sacrificarlo todo por nuestra justa causa. Con gran paciencia hemos ido tejiendo la sigilosa red de nuestra conspiración, para intentar asestarle un golpe de muerte a nuestros opresores. Un solo descuido, una imprudencia, suponen, la! muerte, y lo que aún es peor, el fracaso de nuestros planes.

—Lo sé perfectamente, Dan. Durante todo este tiempo he luchado a tu lado por conseguir nuestro objetivo ¿A dónde quieres ir a parar?

—Ha llegado el momento de que entremos en acción.

— ¿¡Qué dices!? Vamos a...!

—Sí, Guy. Esta noche intentaremos escapar de este maldito campamento.

—Me has sorprendido. Creí que me enteraría con bastante tiempo de antelación.

—Las cosas han ido madurando. No he querido decirte nada antes, para evitar un posible fallo. Últimamente has dormido muy desasosegado, Incluso has soñado en voz alta.

—Lo siento, pero es que en los últimos días me encontraba un poco nervioso.

—No tiene importancia pero ello me obligó a no comunicarte la fecha en la cual vamos a intentar largarnos de este endemoniado sitio.

— ¿no te reprocho. Has hecho muy bien, Dan.

—Esta noche vamos a intentarlo. Nuestros enlaces exteriores nos esperarán. Si todo sale bien, comenzaremos a poner en .marcha el plan que hemos madurado con tanto trabajo.

— ¿Has pensado cuál será el punto por el cual intentemos salir?

—Uno de los puestos del sector Sur Oeste presenta unas condiciones favorables para nuestro intento. Se encuentra en un pequeño altozano que domina el tramo inferior de una estrecha garganta". La atención de la guardia se concentra en esa garganta, que es el camino natural de salida desde nuestro campamento al exterior. Si conseguimos escalar el montículo por la parte, posterior, tal vez consigamos caer sobre ellos por sorpresa. Una vez salvada esa barrera aprovecharemos el resto de la noche para alejarnos de aquí. Seguiremos la cordillera hacia el Sur, hasta llegar a Laramie; allí nos encontraremos con el comando que nos espera y que se encargará de nuestro traslado hasta Nueva York, donde estableceremos nuestro cuartel general.

—Me parece magnífico tu plan. Durante diez años he esperado este momento.

—Intentaremos la salida a las once de la noche. Las guardias se relevan a las diez y media y ya no vuelven a hacerla hasta la una. En esas dos horas, podemos alejarnos lo bastante como para desorientar a nuestros enemigos.

—De acuerdo ¿Y Charlie?

—Vendrá con nosotros. Ahora cuando nos incorporemos a nuestro grupo de trabajo, le das las instrucciones oportunas. Que se acueste vestido y que procure esperarnos a las diez en la parte Sur del ¡poblado.

—Se lo diré así, Dan. Vuelve a renacer en mí el fuego de otros tiempos. ¿No te parece olfatear el aire de la libertad?

—Procura que ese aire no te enajene los sentidos. Ahora, más que nunca, hemos de extremar el cuidado.

—Descuida, viejo. Recuerdo aquel refrán que dice: Despacio, cara de bobo y diente de lobo.

—Pues afila bien tus colmillos, que esta noche han de abrirse paso hacia la libertad.

Dan dio por terminada la conferencia y los dos amigos abandonaron el lugar que ocupaban, para dirigirse a la galería general. Poco tiempo después se confundían con el resto de los forzados trabajadores, procurando mostrarse diligentes en el agotador trabajo, para no incurrir en el enojo de los severos capataces de Helikón.

Guy fue maniobrando hábilmente hasta situarse junto a un hombre de unos 35 años que, con el torso desnudo, se afanaba en la dura tarea. Los dos hombres cargaron una vagoneta y comenzaron a empujarla hacia la salida.

— ¿Cómo van las cosas, Guy?

—Voy a decirte una cosa. Procura no hacer ningún gesto de sorpresa, pues nos vigilan nuestros enemigos.

—Puedes hablar.

—Vamos a dar el golpe esta noche. Todo está preparado, Charlie.

El hombre cerró los labios para no lanzar una exclamación de alegría y sorpresa. Su pecho se dilató en una profunda inspiración y luego soltó el aire suavemente.

—Es una gran noticia, Guy —susurró—, ¿Qué debo hacer?,

—Procura acostarte Vestido. A las diez espéranos en la parte Sur del poblado ¿Crees que tendrás alguna dificultad?

—Allí estaré. Toda la gente que duerme en mi barracón es estupenda y no harán preguntas. Los renegados terrestres que colaboran con nuestros enemigos, duermen en el edificio central.

—Abre bien los ojos y procura no delatarte.

—No te apures, Guy. Estaré allí.

Dan había estado observando con disimulo a los dos amigos que se alejaban empujando la vagoneta y una leve sonrisa iluminó sus labios.

La jornada de trabajo continuó su marcha normal hasta que el aullido de la sirena la dio por terminada.

Los capataces de Helikón, auxiliados por algunos terrestres colaboracionistas, fueron agrupando a los que componían el equipo minero y ordenaron su salida al exterior.

Dan y Guy caminaban hombro con hombro, pues vivían en el mismo barracón. El grupo llegó a la plaza central y poco después se disolvía, encaminándose cada uno hacia su alojamiento.

—Todavía tardaremos una hora en cenar, Dan.

—Y más de tres son necesarias para que oscurezca. Procura no ponerte nervioso.

—Descuida.

— ¿Has hablado con Charlie?

—Está preparado. A las diez se encontrará en el lugar convenido.

—Lo mejor que podemos hacer ahora es intentar descansar un rato, pues la noche será muy fatigosa.

Los dos amigos se tendieron sobre sus respectivos camastros y relajaron los músculos. Guy consiguió dormirse en pocos segundos, mientras que Dan se sumía en profundos y angustiosos pensamientos.

El barracón estaba ocupado por doscientos hombres, cuyas caras reflejaban claramente la angustia que les atenazaba el corazón. Todos ellos fueron arrancados de sus hogares y de sus profesiones por la garra violenta de los invasores extraterrestres. Médicos, abogados, ingenieros, intelectuales de toda especie, vivían en aquel tosco chamizo y agotaban sus fuerzas en el duro trabajo de la mina.

Los hombres de Helikón, se habían mostrado inflexibles; lo que constituía el cerebro de la Nación había sido sometido a un estado de

auténtica esclavitud. La vida en las ciudades no era nada envidiable, pero los hombres gozaban de una relativa libertad. Se había abolido el dinero y cada cual trabajaba en su oficio por la única compensación de seguir viviendo, pero al menos podían moverse y relacionarse, aunque siempre bajo la mirada vigilante de la fuerza de policía de los invasores..

No sucedía lo mismo con los intelectuales y hombres de gran especialización. Los que no habían querido colaborar con el enemigo fueron sometidos a la esclavitud y condenados a realizar los trabajos más duros. Quien estaba casado perdió el contacto con su mujer y sus hijos, los que eran solteros casi llegaron a olvidar el nombre de sus padres. En todos los campamentos esparcidos por el país, de características semejantes al que albergaba a Dan, la disciplina más rígida y feroz imperaba.

Dan miraba desde su camastro al resto de los hombres que ocupaban el barracón y que tumbados en sus camastros, con los ojos perdidos tras un sueño imposible, o formando pequeños grupos que hablaban con voz apagada, parecían sombras de un pasado perdido en la lejanía.

Por todos ellos, por toda la humanidad, había sufrido pacientemente aquellos diez años de cautiverio. Con gran cuidado había ido tejiendo los planes que dentro de muy pocas horas comenzaría a poner en práctica. El dolor y el sufrimiento le habían endurecido hasta encontrarse capaz de poderse enfrentar con sus enemigos. También él, como la mayoría de los hombres que se encontraban en el barracón, había sido arrancado ferozmente del lado de aquellos seres a quienes amaba. Durante diez años había murmurado en la soledad de su sueño un nombre: Myriam. Seis letras que encerraban el objeto de su amor. Era el nombre de su esposa; aquella mujer que aún tuvo el valor de despedirle con una sonrisa cuando partió hacia su último combate. Hacía diez años que no sabía nada de ella. Tal, vez había muerto, o sabe Dios donde se encontraría. También por ella había tenido el valor y la paciencia de emprender la magna obra que se proponía.

El recuerdo de su esposa le conmovió profundamente y tuvo, que hacer un esfuerzo para que no brotaran las lágrimas de sus ojos. Miles, millones de hombres, tenían la misma angustia en su corazón. Por ellos, por él mismo seguiría adelante hasta vencer o morir. Su decisión era irrevocable.

Un ligero revuelo le hizo levantar la cabeza de la dura almohada en que se apoyaba.

— ¡Todo el mundo a formar! —gritó la conocida voz del jefe del barracón.

Todos los hombres se apresuraron a obedecer la Orden, bajo la mirada amenazadora del hombre de Helikón. En pocos segundos se alinearon en varias filas, mientras el guardián los miraba con gesto desdeñoso.

—Me parece que os estáis volviendo un poco perezosos. La próxima vez haré entrar a mis hombres para que os ayuden a formar .rápidamente.

Un silencio impresionante respondió a la no velada amenaza del hombre.

—Vamos a ver, poned atención todos.

El hombre desdobló un pliego de papel que llevaba en la mano y leyó en voz alta dos nombres:

—Dan Newport y Guy Lamorisse, que salgan.

Los dos amigos avanzaron unos pasos y el hombre clavó en ellos su penetrante mirada.

—Sois vosotros, ¿eh? No puedo quejarme de los hombres qué tengo en mi equipo: un famoso hombre de ciencia y un gran aviador. Preferís trabajar en la mina que colaborar con nosotros, ¿verdad?

Dan y Guy apretaron las mandíbulas para no escupir al rostro de aquel hombre todo el desprecio que sentían.

—Hemos pensado que no está bien tener a tan ilustres huéspedes entregados a una tarea tan humilde. Vais a cambiar de profesión. Estoy seguro de que os gustará.

El hombre lanzó una grosera risotada y dio una orden a la guardia que se encontraba a la puerta del barracón. Dos hombres armados penetraron al interior y quedaron en actitud expectante.

—Llevaos a estos dos al nuevo alojamiento que les hemos preparado.

Dan y Guy salieron al exterior, escoltados por los dos guardianes. Atravesaron la gran plaza central del campamento y se dirigieron hacia el único edificio de hierro y cemento que había en el poblado. Poco después eran encerrados en una estrecha celda.

CAPITULO III

Dan y Guy tuvieron que hacer un verdadero esfuerzo para no sumirse en la desesperación.

La inesperada situación que se les había planteado venía a tirar por tierra sus planes tan cuidadosamente preparados. La celda en que los habían encerrado era un estrecho" e incómodo lugar, situado en un largo pasillo, al que daban las puertas de otras cuarenta celdas más.

Aquel siniestro edificio estaba destinado a prisión desde el primer día que se instalaron en el campamento. Allí eran encerrados y torturados en ocasiones, los hombres a los que se consideraban peligrosos, o que" se insubordinaban o intentaban escaparse. Habitualmente se encontraba desierto, pero en ocasiones era habitado por algún desdichado ser que, no pudiendo dominar sus nervios, incurría en alguna falta.

Dan y Guy guardaron silencio unos instantes cuando la pesada puerta se cerró tras ellos. Una sorda desesperación anidaba en sus corazones y tenían que hacer un gran esfuerzo para contenerse.

— ¡Perra suerte! —gruñó Guy.

— ¡Procura no ofuscar tu entendimiento a causa de la desesperación.

—Por un momento estuve tentado de acogotar a los dos malditos mequetrefes que nos condujeron aquí.

—No hubiéramos conseguido nada con ello. Si lo hubieras hecho, tal vez estaríamos muertos a estas horas.

—No tengo más remedio que admirar tu sangre fría, Dan. Comprendo que si no fuera por ti, yo habría echado a rodar toda nuestra trama en más de cien ocasiones.

—Como ya te dije en otra ocasión, la primera batalla que hay que ganar es contra nosotros mismos. No podemos permitirnos el lujo de cometer errores. Diez años han sido muchos años para nuestros nervios, pero ahora, más que nunca, es preciso dominarse.

— ¿Por qué crees que habrán tomado esta medida contra nosotros?

—Daría otros diez años de mi vida por saberlo.

— ¿Crees que sabrán lo de nuestra...?

Dan tapó la boca de su amigo con la mano.

—No pronuncies palabras que puedan comprometernos. Quizá estos hombres tengan conectado algún micrófono en el interior de la celda.

— ¿Crees pues...?

—Me inclino a creer que no se trata de eso.

— ¿En qué te fundas?

—Mucho tendría que haber sucedido; además, Charlie no está aquí.

Mientras los dos amigos se esforzaban en buscar una explicación a lo

sucedido, otros hombres vinieron a ocupar las demás celdas de aquel siniestro pasillo.

A través de la estrecha mirilla de la puerta, pudieron ver el rostro de alguno de aquellos detenidos y su desconcierto subió de punto.

—Parece que la medida tiene cierta extensión —dijo Guy.

—Esto me tranquiliza un tanto, aunque no deja de sorprenderme.

—Por más vueltas que le doy no consigo entender qué es lo que se proponen.

—Los demás prisioneros que he podido ver a través de la mirilla, son intelectuales o militares.

— ¿Quieres decir que la decisión de nuestros enemigos se ha centrado en determinadas clases de hombres?

—No sería extraño. Quizá quieran convencernos para que colaboremos con ellos.

—O quizá quieran eliminarnos de una vez.

—También eso explicaría la situación —dijo Dan fríamente—. Aunque el poder de los hombres de Helikón es muy grande, no viven tranquilos. Saben que en cada terrestre tienen un enemigo mortal.

—Eso si se exceptúa a los traidores colaboracionistas.

—Admito que hay renegados que, por una razón u otra, se han puesto al servicio de los invasores, pero son los menos.

— ¿Y crees que quieren eliminarnos?

—No sería una idea descabellada. Si alguna vez hay una insurrección general, serán nuestros antiguos militares, los técnicos, los intelectuales, quienes capitaneen a los pueblos de la Tierra. Tal vez piensen que cortando la cabeza, el cuerpo de la insurrección se vea incapacitado para obrar.

—Te aseguro que me hace muy poca gracia esa idea. Estos demonios son capaces de todo.

—No me gustaría morir ahora que íbamos a empezar a combatir de veras, pero prefiero que sea verdad está hipótesis, n que lo sea la que tú me insinuaste al principio; después de todo, los que conocen la O, no piden permiso a nuestros enemigos para operar.

Guy asintió ante las extrañas palabras de su amigo.

—Te comprendo, Dan. Ellos sabrán vencer esta dificultad.

—Lo malo del asunto es, que algunas letras sólo yo puedo encontrarlas.

Las últimas palabras de Dan sumieron a los dos hombres en profunda meditación. El doble sol que lucía sobre el firmamento de la Tierra fue declinando y las sombras de la noche descendieron sobre el campamento.

Dan y Guy permanecieron con el oído alerta y la mirada vigilante, en espera de encontrar algún nuevo detalle que les ayudara a descifrar el enigma que los envolvía, pero nada nuevo vino a turbar la paz sepulcral de aquel recinto siniestro. Los hombres de la guardia seguían realizando su

cometido con absoluta indiferencia. De vez en cuando, aplicaban sus malignos ojos a la estrecha mirilla, para cerciorarse del estado de los prisioneros.

Las horas fueron pasando y los rumores propios del campamento se amortiguaron. El sueño y el cansancio fue apoderándose de los miles de hombres esclavos y sólo en el interior de las estrechas celdas permanecían desvelados los prisioneros.

Guy examinó minuciosamente la puerta que les cerraba el paso.

— ¡Ni un elefante sería capaz de derribarla!

—Esa puerta es un símbolo de lo que debe ser nuestra lucha. Nada podrá la fuerza contra nuestros adversarios; sólo la astucia tiene alguna probabilidad.

—Te sobre razón en lo que dices, pero en esta ocasión quisiera tener la fuerza de diez elefantes para poder salir de esta ratonera.

Mientras los dos amigos sostenían este diálogo, un ligero resplandor rojizo fue invadiendo, con extraños reflejos, la oscuridad del pasillo.

— ¡Mira, Dan!

Dan se aproximó a la puerta y miró a través de la mirilla.

— ¿Qué es eso? —dijo con extrañeza,

A sus oídos llegaron las voces alarmadas de los hombres de Helikón que se encontraban en el cuerpo de guardia. El tumulto fue creciendo por instantes y poco después se escuchaban las precipitadas pisadas de sus guardianes que se alejaban velozmente del edificio.

—No comprendo qué es lo que sucede.

—Debe tratarse de un incendio. El resplandor rojizo que podemos observar puede provenir de alguno de los caserones, que haya sido pasto de las llamas.

—Desde el exterior venía un confuso rumor de voces, entre las que destacaban claramente las órdenes dadas a voz en grito.

—No me cabe la menor duda, Guy; se ha declarado un incendio.

— ¡Ojalá arda este maldito campamento por los cuatro costados!

A los oídos de los dos hombres llegó claramente una imprecación y un golpe sordo," como de un cuerpo al caer al suelo.

— ¿Has oído, Guy?

—Se diría que ha sido en el cuerpo de guardia.

—Ha sido un grito, ¿verdad?

—Eso me ha parecido, yo diría... ¡Calla! Parece que vienen hacia aquí.

Unos pasos precipitados se aproximaban hacia la celda ocupada por los dos amigos. Cuando llegaron frente a la puerta se detuvieron y un ruido de llaves se dejó oír.

—Vienen por nosotros, Dan. Creo que debemos luchar.

—Sitúate a un lado de la puerta y yo atacaré de frente. Tal vez la

Providencia viene en nuestra ayuda.

Una llave fue introducida en la cerradura y dio dos vueltas, descorriendo el cerrojo La puerta se abrió y un hombre se perfiló en el dintel, a la incierta luz rojiza que se reflejaba en las paredes.

Dan iba a lanzarse contra su adversario, cuando unas palabras de éste, le detuvieron.

— ¡Dan, Guy! ¿Estáis aquí?

— ¡Charlie! —gritó Dan.

—Gracias a Dios que os he encontrado. Por fortuna, vuestra celda es la primera.

— ¡Demonio de Charlie! —Dijo Guy, saliendo de las sombras—. ¿Cómo lo has conseguido?

—No hay tiempo ahora para explicaciones. ¡Vámonos!

Los tres amigos salieron precipitadamente al exterior del edificio. A unos cien metros de distancia se veía arder uno de los barracones destinados para almacenes. Las llamas habían hecho una presa total del edificio y se elevaban hacia el cielo, en medio de una gran columna de humo negro.

— ¡Por aquí, por aquí! —Dijo Charlie—. El resto de la guardia ha acudido a sofocar el incendio. Por detrás de la prisión tenemos más probabilidades de escapar sin ser vistos.

Los tres amigos se dirigieron velozmente hacia la fachada lateral del edificio, bañados por la rojiza luz del siniestro.

— ¡Aprisa, aprisa! —gritó Dan—. Si nos ven, estamos perdidos.

Con gran celeridad, se deslizaron a lo largo del muro, hasta penetrar en una zona de sombra a la que no llegaba el resplandor del incendio, luego, torcieron a la izquierda y continuaron deslizándose por la parte posterior de los edificios, hacia el campo abierto.

Afortunadamente para los tres fugitivos, el inesperado incendio había movilizado a casi todos los hombres de Helikón que formaban la guardia del campamento.

Su marcha no fue interrumpida por nadie y diez minutos después se encontraban a más de un kilómetro del poblado. Los tres hombres se detuvieron y volvieron sus cabezas hacia el lugar que acababan de abandonar. La oscuridad de la noche estaba rota, por el voraz incendio. Un tinte sangriento se extendía sobre todo el poblado de hombres esclavos, y a sus oídos llegaban las excitadas y lejanas voces de los que intentaban sofocar el siniestro.

—Está bien; creo que podemos tomarnos unos segundos de descanso.

Los tres amigos aspiraron profundamente el aire de la: noche para llevar a sus músculos nuevas energías. Las guardias se encontraban todavía dictantes y un impresionante silencio, roto de vez en cuando por las lejanas

voces que llegaban del campamento, se cernía sobre los tres fugitivos, como un suave manto de terciopelo.

—Ha sido un verdadero milagro ese incendio —comentó Guy.

—Dice el refrán: «A Dios rogando y con el mazo dando».

— ¡Ya comprendo! ¡Has sido tú!

— ¿¡Cómo no se me había ocurrido!? —Exclamó Guy—. ¡Ha sido una magnífica idea, Charlie!

— ¿Cómo se te ocurrió semejante coca?

—Según las instrucciones recibidas de Guy, me dirigí al lugar indicado, hacia las diez de la noche. De mi barracón se habían llevado algunos hombres, pero no tuve tiempo de averiguar el por qué sucedía aquello. Luego, estuve esperando, hasta que acabé con mi paciencia. Como no acudisteis a la cita, comencé a pensar que tal vez habíais sufrido la misma suerte que los hombres que se llevaron de mi barracón.

— ¿Y entonces volviste al campamento?

—Sí. La gente estaba excitada. Otros hombres habían sido arrastrados hacia el edificio prisión. Inicié una pequeña investigación y no tardé en enterarme de que también Vosotros dos habíais sido encarcelados. Entonces, decidí obrar.

—Bendita sea tu idea, Charlie.

—Me apoderé de algunos bidones de gasolina y, amparándome en la noche rocié las "paredes de madera del edificio destinado para almacén.

—Tu estrategia tuvo un resultado admirable. Gracias a ella nos encontramos aquí.

—Cuando vi salir a la guardia, me dirigí hacia vuestro encierro. Un hombre había quedado en su puesto; por fortuna fui más rápido que él. Me bastó un fuerte golpe en la cabeza para dejarlo fuera de combate. Luego, cogí las, llaves y me dispuse a abrir todas las celdas, hasta dar con vosotros. Afortunadamente fue la vuestra la primera que abrí. El resto ya lo sabéis vosotros.

—Has estado admirable, Charlie —dijo Dan.

—Hace diez años que estaba deseando entrar en acción. Estaba deseando que llegara este momento, anqué sea lo último que tenga que hacer en esta vida.

—Llegué a creer que todos nuestros planes se venían abajo. Casi diez años? elaborándolos y un inesperado incidente estuvo a punto de echarlo a rodar. En el mejor de los casos, hubiéramos tenido que esperar mucho tiempo para volver a conectar, con los que constituyan la segunda letra de nuestra palabra clave.

—bienes razón. Dan —asintió Guy—. Nuestra comunicación con e! exterior es tan difícil, que hubiera pasado mucho tiempo antes de volver a conectar con nuestros amigos.

— ¿Tú crees que los encontraremos. Dan?

—El último mensaje que recibí indicaba que se encontrarían esperándolo.

—Pero puede haberles pasado algo —insistió Charlie.

—Eso no podemos saberlo hasta que lleguemos a Laramie. De todos modos soy optimista. El hombre que nos espera, ha luchado desde el primer día contra los invasores. Durante varios años ha mandado una guerrilla en las montañas españolas.

—De él cuentan cosas formidables —apuntó Guy.

—El solo hecho de que haya podido trasladarse desde España hasta los Estados Unidos, ya es una verdadera proeza —respondió Charlie—. Debe ser un tipo admirable.

—Si un hombre es capaz de acudir a la cita, ese hombre es Ricardo Núñez. Su gran experiencia le permitirá salvar los formidables obstáculos que se le presenten en su camino.

— ¿Entonces, estás optimista, Dan?

—Tanto como eso, no diré yo. Tened en cuenta que todavía no hemos salido del recinto del campamento. Cualquier pequeño fallo en nuestro plan daría al traste con nuestros proyectos.

Los tres hombres habían conseguido dominar el ritmo acelerado de su corazón y se encontraban dispuestos para continuar su camino.

—Bien —dijo Dan—, llevamos algunas horas de retraso sobre nuestro horario previsto. Es preciso que continuemos nuestro camino. El primer obstáculo que nos aguarda supone el cincuenta por cien de nuestras probabilidades. ¿Estáis dispuestos a continuar?

—Me encuentro como en mis buenos tiempos —contestó Guy—. Cuando tú quieras, Dan.

—Por mi parte, me parece haberme rejuvenecido —dijo Charlie—. Ardo en deseos de ajustarles las cuentas a los hombres de Helikón, que nos cierran, el camino.

Entonces, sigamos adelante. Nuestro plan es llegar hasta el puesto Sur Oeste de la guardia. Intentaremos escalar la pendiente Norte del montículo donde se hallan para caer sobre ellos por la espalda. Según mis informes se trata de un grupo de cinco hombres, fuertemente armados, que dominan la entrada del pequeño barranco. Solamente si conseguimos sorprenderlos, conseguiremos la victoria. Procurad moveros con el mayor sigilo posible, pues cualquier ruido puede delatarnos y conducirnos a la derrota. Hablad lo menos posible. Nos comunicaremos por señas las cosas que puedan interesarnos.

Charlie y Guy aprobaron totalmente las instrucciones de Dan y se dispusieron a reemprender la marcha.

El puesto de guardia se encontraba bastante distanciado del núcleo

central del campamento. Los hombres de Helikón habían sabido elegir los lugares desde los cuales ejercer una estrecha vigilancia sobre todo aquel que intentara entrar o salir del campamento minero. El emplazamiento de Rawlins, en pleno corazón de las Montañas Rocosas, se prestaba maravillosamente para ejercer aquella vigilancia. Las grandes montañas, cañones, valles y escotaduras que integraban el paisaje, constituían una admirable red geográfica muy fácil de vigilar. El poblado tenía algunos puntos naturales de acceso que se encontraban fuertemente vigilados. Hacia uno de ellos se dirigían en aquel momento los tres hombres. Podían haberlo intentado por otros sitios menos vigilados, aunque de más difícil acceso, pero ello les hubiera llevado demasiado tiempo y las luces del día les hubieran sorprendido en plena tarea.

Dan había calculado bien su golpe: si conseguían derribar al guardia de aquel puesto podrían alejarse en dirección Sur, hacia Laramie, que era el lugar de cita con aquel fantástico Ricardo Núñez, el cual constituía el segundo eslabón de la gran aventura que habían iniciado.

El poblado que querían alcanzar se encontraba a más de 30 kilómetros de distancia y no conseguirían hacer el camino durante la noche, pero una vez que se encontraban lejos del campamento, no les habría de ser difícil aprovechar la irregularidad del terreno para proseguir su marcha sin ser descubiertos,

Los tres hombres avanzaron en la oscuridad en dirección al objetivo marcado por Dan. Una hora más tarde habían conseguido llegar a las inmediaciones del puesto de guardia. Dan hizo una seña y se detuvieron. Luego habló en voz baja.

—Es allí —dijo, señalando un pequeño montículo, situado a la izquierda del lugar donde se encontraban—. Los hombres se encuentran a la otra parte.

—Esta parte es inaccesible —susurró Charlie.

—Pues por ahí es por donde tenemos que subir —respondió Dan.

No le faltaba razón a Charlie para sentirse desanimado. El lugar que indicaba Dan era la parte posterior de un montículo de unos sesenta metros de altura, constituida por una pared casi vertical. En circunstancias normales hubiera sido arriesgado el acceso, pero en aquellos momentos era suicida, La falta de luz y de elementos para hacer el escalo convertía la empresa en una verdadera hazaña. El montículo era perfectamente accesible por la vertiente contraria, pero aquel era el sitio que dominaban los guardianes.

—No hay más remedio, He estudiado largamente todas las posibilidades y no tenemos otra, si es que queremos sorprenderlos. Intentar escalar ese montículo por la otra vertiente sería conducirnos al más rotundo fracaso. —No hagas caso de mis palabras, Dan. Ha sido una

exclamación involuntaria. Estoy dispuesto a correr todos los riesgos que sean necesarios, por llevar adelante nuestros planes.

Los tres hombres, tumbados en el suelo, descansaron durante unos minutos, para hacer acopio de energías; luego, Dan hizo un gesto significativo con la cabeza, y se lanzaron hacia la aventura.

El primer tramo de la escalada no presentó grandes dificultades, pero, cuando fueron subiendo, la situación se fue haciendo más difícil. La pared de roca se levantaba casi verticalmente sobre las cabezas de los tres aventureros. Cualquier saliente insignificante, cualquier pequeña grieta, eran utilizados sabiamente por los tres hombres, que tenían que proceder con sumo cuidado para no dar un resbalón mortal que cercenara en flor sus esperanzas. Minuto tras minuto, fueron avanzando hacia su objetivo, con los nervios tensos y los músculos en un esfuerzo permanente.

Dan, Charlie y Guy, seguían tres caminos próximos, pero distintos, al objeto de evitar que la caída de uno de ellos pudiera arrastrar a los demás.

Ya se encontraban casi en la cima, cuando al intentar Dan asirse a un pequeño saliente, desprendió un trozo de roca, que fue rodando con gran estrépito hacia parte inferior. El corazón de los tres hombres casi dejo de latir. Si la guardia decidía prestar atención a aquel ruido que indudablemente habían oído, podían darse por perdidos. Se apretaron contra la pared y esperaron angustiados. Afortunadamente, nada sucedió. Los guardianes habían desdeñado aquel ruido, tal vez por considerar totalmente inaccesible aquella parte del montículo donde se asentaban.

Dan dejó pasar dos o tres minutos y luego hizo una seña a sus amigos para que continuaran el viaje. Diez minutos más tarde conseguían coronar la cima.

Con gesto rápido se tendieron en el suelo, con el oído atento y la mirada anhelante. Su respiración era entrecortada y sentían todo el cuerpo bañado por abundante sudor. Ningún ruido venía a turbar el impresionante silencio que les envolvía. La avanzada hora de la noche favorecía admirablemente los planes de nuestros tres amigos. La mayor parte de los hombres que componían la guardia debía estar entregada al reposo. Los minutos fueron pasando y, relajada la tensión muscular, los tres empezaron a recuperarse.

Dan prolongó la espera en el convencimiento de que todas las energías serían necesarias para entablar la lucha con aquellos hombres. Sin decir una palabra, miraba a sus amigos y se convencía de que iban encontrándose en condiciones de entrar en acción.

La cumbre del montículo se encontraba totalmente desierta. Se trataba de una pequeña extensión, casi plana, de unos 200 metros cuadrados. La guardia debía encontrarse a la otra parte del sitio alcanzado por los tres hombres, y quizá unos metros más abajo de la cumbre.

Dan advirtió a sus dos amigos con un gesto de la mano y comenzaron a

avanzar hacia el extremo opuesto de la pequeña meseta. Guy y Charlie describieron una pequeña curva y avanzaron por los flancos mientras que Dan lo hacía por el sector central. Sus codos y sus rodillas se clavaban cuidadosamente en el suelo, a la manera de los indios, y empujaban lentamente el cuerpo hacia el borde de la pequeña planicie.

El primero en alcanzarlo, fue Dan, el cual asomó furtivamente sus ojos hacia la vertiente donde suponía se encontraban los guardianes. Rápidamente volvió a ocultar la cabeza e hizo un signo con la mano a sus dos amigos para que se detuvieran. Retrocedió unos metros y Guy y Charlie so reunieron con él. Empleando el lenguaje mímico dio a entender a ambos que se hallaban sobre su objetivo. Luego se acercaron sigilosamente al borda de la planicie y pudieron ver con toda claridad la posición de sus adversarios.

Los primeros metros de la vertiente parecían cortados a pico, al igual que la pared que tan duramente habían escalado. Unos seis metros más abajo sobresalía una especie de escalón que descendía en declive hasta conectar con un pequeño camino, que llevaba hasta el fondo del valle. La guardia se encontraba en aquel escalón natural de la roca; dos hombres permanecían en cuclillas, con las armas preparadas, dando la espalda a nuestros tres amigos. Tres más parecían dormir bajo el amparo de una pequeña visera rocosa.

A la débil luz de la luna, Dan consiguió hacerse entender por medio de signos hechos con las manos: él se lanzaría sobre los dos hombres que se encontraban despiertos, mientras que Guy y Charlie intentarían dejar fuera de combate a los que dormían.

El plan fue aprobado con un movimiento de cabeza de sus dos compañeros.

Con gran cuidado so pusieron en pie. Los ojos habituados a la semioscuridad, midieron la distancia que les separaba de sus enemigos. Un movimiento de la cabeza de Dan y los tres hombres cayeron como trombas sobre sus descuidados enemigos.

Dan aprovechó la sorpresa y consiguió colocar un poderoso golpe en el cuello de uno de sus adversarios, derribándole por tierra. El segundo contrincante se levantó de un salto e intentó esgrimir su arma contra Dan, pero un afortunado puntapié de éste se la arrancó de las manos. Los dos hombres se lanzaron uno contra otro con toda la fuerza de sus músculos. El hombre de Helikón poseía una gran fuerza y consiguió derribar a Dan con un soberbio golpe al plexo solar. Con gesto rápido se abalanzó sobre su caído enemigo, pero Dan consiguió esquivarlo retorciéndose hábilmente en el suelo y se abalanzó a su vez sobre su contrincante.

Mientras tanto, Guy y Charlie se enzarzaban en una frenética lucha contra los otros tres hombres de la guardia.

Charlie recibió un fuerte empujón y cayó contra la pared de roca, golpeándose la cabeza tan fuertemente que quedó sin sentido.

Guy consiguió dejar fuera de combate a uno de los tres hombres y se enzarzó con los otros dos en una lucha a muerte. Su amplísimo pecho se dilataba al aspirar profundas bocanadas de aire, y sus puños caían como mazas sobre los cuerpos de sus enemigos.

El enemigo de Dan, había conseguido darle la vuelta y lo sujetaba con su cuerpo contra el suelo mientras sus poderosas manos le oprimían el cuello como una férrea argolla. Dan se debatía inútilmente bajo la presión de su poderoso adversario. Por dos veces intentó alcanzarlo con un directo a la cara, pero su enemigo encajó admirablemente los dos golpes que, debido a la precaria situación en que se encontraba el terrestre, no llegaron con la fuerza necesaria. Durante unos segundos, Dan intentó repeler a su adversario, pero la presión que este ejercía sobre su garganta le había cortado la respiración y comenzaba a sentirse desfallecer por momentos. Con gesto instintivo se asió a las muñecas de aquel hombre intentando un sobrehumano esfuerzo para deshacerse de aquella presa mortal, pero todo era inútil.

A sus oídos llegó la voz jadeante de Guy.

— ¡Resiste un poco más, Dan! ¡Resiste un poco más!

Dan hizo un gran esfuerzo para tensar los músculos de su cuello y conseguir que pasara a sus pulmones un poco de aire. Su enemigo siguió apretando y Dan comenzó a sentir que se le nublaba la vista, mientras que las fuerzas le abandonaban por completo.

Guy comprendía la grave situación en que se encontraba su amigo. Un sordo furor le fue subiendo desde la raíz de sus músculos, hasta concentrarse en sus poderosos brazos. Un terrible grito, mitad humano y mitad salvaje, salió de su garganta. En aquel momento, hubiera sido capaz de derrotar a diez hombres juntos. Un golpe de revés, dado con el codo, lanzó a uno de sus contrincantes contra la roca viva, dejándolo aturdido y casi inconsciente: luego, con titánica fuerza cogió a su otro adversario por el cuello y por una pierna y levantándolo sobre su cabeza, lo arrojó por encima del parapeto natural de la posición, hacia la inclinada ladera del montículo.

El hombre dio un grito de espanto y cayó rodando hacia el fondo del pequeño valle.

El adversario de Dan, que se había percatado de la acción de Guy, abandonó su presa y se dispuso a enfrentarse con éste.

Eran dos colosos cuyo choque iba a resultar inenarrable. .

Guy se lanzó contra su adversario dispuesto a alcanzar su mandíbula con un poderoso golpe, pero el hombre de Helikón se encogió sobre sí mismo y le propinó un tremendo cabezazo en el estómago a Guy; éste cayó

rodando por el suelo con la respiración cortada por el tremendo impacto

Un brillo siniestro apareció en la mirada del hombre de Helikón. Sin dejar que se repusiera su adversario, se abalanzó sobre él con todo el peso de su enorme cuerpo. Sin embargo, fue eso lo que le perdió.

Aunque Guy se encontraba maltrecho, no había perdido por completo sus fuerzas. Con gesto rápido encogió sus piernas y luego las distendió con enorme fuerza. Su pie izquierdo consiguió conectarse con la barbilla de su enemigo, que cayó al suelo dando un grito de dolor, con la mandíbula destrozada.

Guy hizo unas profundas aspiraciones y sintió renacer sus energías.

Se levantó con gran agilidad y miró a su adversario que se retorcía en tierra.

Los otros tres hombres que habían quedado fuera de combate, comenzaron a dar señales de vida.

Con gesto rápido, Guy se apoderó de una de las armas que habían esparcidas por el suelo, y apuntó con ella a los hombres que iban volviendo en sí.

— ¡Todo el mundo quieto! ¡Al menor movimiento os mato como a perros!

Los tres hombres, vieron con asombro la amenazadora figura de aquel gigante que les apuntaba con una de sus armas, y decidieron obedecer la orden.

— ¿Cómo te encuentras, Dan?

—Esto va mejor —dijo el aludido, que comenzaba a incorporarse mientras llenaba ávidamente de aire sus pulmones.

—Veas qué le ha sucedido a Charlie. Parece ser que no se recupera.

Dan acabó de recuperarse y se dirigió al lugar donde yacía Charlie.

Con gran cuidado lo incorporó y pudo ver que un hilillo de sangre le manaba de la parte posterior de la cabeza.

—Charlie... Charlie —dijo con voz suave y cariñosa.

Charlie hizo un ligero movimiento como si empezara a despertar de un profundo sueño.

—Charlie... Soy yo, Dan. No temas. Hemos conseguido dominar a nuestros enemigos.

Cuando Charlie abrió los ojos vio ante sí el rostro anhelante de su amigo.

— ¿Qué ha sucedido, Dan?

—Ya ha pasado, todo Charlie. Los hemos vencido y tenemos el camino libre.

—Me he dado un gran golpe en la cabeza.

—¿Crees que estás en condiciones de reanudar nuestro camino?

Charlie se Incorporó con un pequeño esfuerzo y respiró profundamente.

—No creo que sea grave. Sólo me encuentro un poco aturdido.

Dan examinó la herida de su amigo y pudo comprobar que no afectaba más que al cuero cabelludo.

—El hueso ha resistido bien el golpe. No tienes más que un desgarro de la piel.

Ayudado por Dan, el herido se puso en pie.

—Si puedes vendarme la herida, creo que podré continuar el camino.

Dan sacó un amplio pañuelo que llevaba, en el bolsillo y arregló lo mejor que pudo un vendaje para su amigo.

—Por ahora no puedo hacer más.

—Es suficiente, Dan. Se me va pasando el dolor de cabeza y empiezo a recobrar mis energías.

— ¿Va todo bien? —preguntó Guy que no .perdía de vista a sus enemigos.

—Ahora empieza a marchar bien —dijo Charlie.

—Entonces no perdamos tiempo. Atad a estos hombres y amordazadlos bien.

Dan y Charlie se apresuraron a cumplir la orden de Guy. Con la propia ropa de sus enemigos, hicieron unas sólidas mordazas que aplicaron a éstos. Charlie descubrió oportunamente unas cuerdas que sin duda empleaban los guardianes para escalar alguno de los picachos próximos, y con ellas amarraron fuertemente a los cuatro enemigos.

—Ya está, Guy. No creo que consigan librarse de esas ataduras en menos de tres o cuatro horas.

—Entonces podemos marcharnos cuando tú ordenes, Dan.

—Vámonos cuanto antes. Llevamos ya un retraso considerable y es preciso que nos alejemos de aquí. El arma! esa puedes tirarla. Si te vieran los hombres de Helikón con ella, en cuanto lleguemos a Laramie, tendrían motivos sobrados para sospechar.

—Después de todo, no nos sirve para nada. Me hubiera visto en un compromiso si hubiera tenido que dispararla.

—Lo pensé en cuanto amenazastes a estos endiablados seres con la misma. Esas armas proyectan una extraña luz mortífera, pero yo tampoco tengo la menor idea del dispositivo que las hace funcionar.

Guy arrojó lejos de si el arma y los tres amigos se pusieron en camino. Ante ellos se mostraba un difícil camino de abrupta geografía, que los tenía que conducir hacia el Sur; hacia el poblado de Laramie, donde tenía que representarse el segundo acto del terrible drama que habían iniciado.

Las sombras de la noche se cernían protectora mente sobre los fugitivos, pero servían también para dificultar su camino erizado de obstáculos y de peligros.

— ¿Cómo vas, Charlie —preguntó Dan.

—Ya estoy mejor. El aire de la libertad está consiguiendo maravillosamente mi recuperación. Todo lo doy por bien empleado con tal de poder hacer este camino que a mí me parece sembrado de rosas.

—Estoy de acuerdo contigo, muchacho —dijo Guy—. Afortunadamente posees una cabeza más dura que el diamante. Cuando te vi estrellarte contra la roca, pensé que nunca más tendría el gusto de conversar contigo..

—No sabes cuánto me alegro de que fallaras en tus pensamientos.

Guy pasó su poderoso brazo por los hombros de Charlie y le dio un cariñoso apretón que le hizo soltar a éste un gemido.

—No sigas apretando, Guy, o vas o conseguir lo que no pudo conseguir la dura roca.

Los tres hombres sonrieron brevemente y continuaron su camino.

CAPITULO IV

La pequeña ciudad de Laramie, en las Montañas Rocosas, había despertado aquel día bajo el signo de la desesperanza.

Durante diez años había servido de asiento a un núcleo importante de los hombres de Helikón. Su posición, como centro de una importante cuenca minera, puesta en explotación por los invasores, le había dado una cierta actividad que aumentaba el disgusto de los terrestres que constituían la población. Aquí, más que en las otras ciudades de las inmediaciones, se veía pasar a los orgullosos vencedores, dedicados a las tareas que se les había recomendado.

Todos los días despertaba la ciudad con aire triste y silencioso. Casi toda la población trabajaba en condición de esclavos, en tareas secundarias que los hombres de Helikón no se dignaban realizar. Lavaderos, servicios higiénicos, grandes comedores colectivos, eran servidos por los desdichados terrestres que desenvolvían su vida en el triste poblado pero sobre todo eran las largas hileras de camiones dedicados al transporte de minerales lo que daba vida a la localidad.

Desde aquel centro, salían grandes caravanas de vehículos, bajo la vigilancia de una guardia de hombres de Helikón, hacia las grandes factorías de los Estados Unidos, donde los hombres de ciencia del pueblo invasor preparaban su fantástica flota aérea, que tenía por misión el dominio total del sistema solar.

Los diez terribles años de cautiverio, habían hecho de la población de Laramie, un conjunto de seres silenciosos que habían perdido la costumbre de sonreír.

Durante .todo el día, los habitantes de Laramie se habían dedicado como de costumbre, a sus tareas, sin que nada viniera a turbal el forzado orden de aquella comunidad.

En aquellos momentos, el doble sol que lucía en el espacio comenzaba a declinar, dando unos tintes fantásticos al horizonte.

Hubo un tiempo en que los terrestres veían en nuestro astro rey al mayor benefactor de toda la Humanidad. Su luz y su calor eran signos de vida de los que gozaba, como una generosa dádiva de Dios, la humanidad entera.

Ahora nadie levantaba los ojos hacia el astro rey sin que una maldición brotara en su pensamiento.

Junto al eterno Sol de la Tierra, había aparecido, diez años antes, otra fulgurante estrella de proporcionas semejantes, pero de un color siniestramente rojo. Era Helikón, la estrella, de la que decían venir los despiadados invasores de la Tierra, y que por un misterioso azar cósmico se

había desplazado en el universo hasta cernirse como un sanguinario pájaro, sobre la vida de los desdichados terrestres.

La dura tarea del día había dado fin, y los terrestres se dirigían hacia los miserables comedores colectivos, donde una ración perfectamente calculada para que pudieran seguir trabajando, sería toda la recompensa a sus fatigas.

Hombres de todas la, edades y mujeres maltratadas por el inclemente trabajo, iban tomando asiento en los largos bancos.

De las cocinas, llegaba un vaho caliente y un ruido precursor de la cena.

La cocinera del barracón número dos era una mujer ya entrada en años, en cuyo rostro sudoroso se reflejaban las huellas de todas las amarguras.

—Trae los platos y que vayan poniéndolos en la mesa —dijo dirigiéndose a una mujer de unos treinta años, que debía ser hermosa y esbelta, aunque disimulaban sus gracias naturales la pobreza de su vestido y el pálido color de sus mejillas.

—Ahora mismo voy. —dijo con voz opaca la aludida.

Con paso cansino, salió del local donde se hallaban instaladas las cocinas y se dirigió hacia un lugar situado a unos ochenta metros de distancia, donde se encontraba instalado el fregadero.

Los platos de aluminio se encontraban ya apilados en una pequeña carretilla

La mujer se pasó una cuerda por el hombro y comenzó a tirar del carricoche: Aquella parte de la población no estaba urbanizada y la mujer tenía que tirar con todas sus fuerzas para poder arrastrar el vehículo por el pedregoso suelo. Su gesto era totalmente indiferente, como el de un ser que ha dejado ya de luchar, sin importarle nada el triste destino a que se veía sometida.

Durante más de un año realizaba aquella tarea diariamente. Sus manos, que debieron ser bellas en otro tiempo, estaban encallecidas y deformadas por el rudo trabajo.

Poco a poco fue avanzando hacia la parte posterior del barracón donde se encontraban las cocinas. A sus espaldas oyó unos pasos que se iban acercando. Sin duda se trataría de algunos hombres retrasados que irían a ocupar su sitio en las largas mesas del comedor.

Uno de aquellos hombres lanzó un grito ahogado y los pasos se detuvieron durante un instante. Luego volvió a escucharlos, aproximándose más cada vez.

El sofocado grito que había escuchado pareció remover profundas fibras de aquella mujer. Había algo recóndito y misterioso en aquel timbre de voz que parecía traerle a su memoria recuerdos de un tiempo pasado.

La mujer estuvo tentada de volver la cabeza, pero tantas veces había creído reconocer una voz o una silueta, y tantas veces la desilusión había

venido a colmar su esperanza, que continuó tirando de la carreja sin acceder a su impulso.

Los pasos estaban ya muy cerca. Se trataba de tres o cuatro seres, hombres o mujeres, que llevaban su camino.

«Seguramente su camino no conduce a ninguna parte —pensó !a mujer —, a ninguna parte. Como el mío».

De pronto, sucedió algo a lo que no quiso dar crédito.

Uno de aquellos hombres había pronunciado su nombre. Lo había hecho en tono muy bajo pero firme.

«Debe ser otra alucinación —murmuró la mujer entre dientes—. Ya no sé qué es verdad y qué es mentira».

— ¡Myriam! —Dijo sordamente la voz—. No te muevas, no des señal de conocerme.

No cabía la menor duda; estaban pronunciando su nombre. Uno de los hombres que tenía a sus espaldas lo haba pronunciado con voz trémula y anhelante.

La mujer se detuvo. Era tan grande su emoción que había perdido por completo el dominio de su voluntad.

—Sigue andando, Myriam, sigue andando.

Myriam hizo un poderoso esfuerzo y reanudó su camino sin volver la cabera.

No le cabía la menor duda; aquella voz era la de Dan. Era la voz de su marido, al que hacía diez años que no veía y del cual no había vuelto a saber nada. Los hombres de Helikón trataban a sus prisioneros como bestias y no les permitían tener contacto con el resto del mundo.

Dan, Guy y Charlie adelantaron unos pasos y se pusieron a la altura de la mujer, que tiraba pesadamente de la carretilla.

Myriam ahogó un grito en su garganta. Con el rabillo del ojo había visto la silueta inconfundible de su marido.

—Amor mío —susurró Dan—.Sigue andando; es muy importante que nuestra presencia en este poblado pase desapercibida.

—Dan... Dan —murmuró la mujer con un leve hilillo de voz.

Los hombres habían acompasado su paso al de la mujer y caminaban junto a ella.

—Apenas puedo creerlo —volvió a susurrar la mujer mientras las lágrimas brotaban incontenibles de sus ojos—». Ni un solo momento te has apartado de mi pensamiento.

—Pronto acabarán nuestras desventuras, querida.

— ¿Cómo has conseguido...?

—No preguntes ahora nada, Myriam. La Providencia me ha traído junio a ti y ya no volveremos a separarnos.

—Pero ¿cómo vamos a conseguirlo? —susurró la mujer.

—No preguntes ahora. Es preciso que nos facilites la entrada en uro de esos barracones.

—Podéis ir al número dos —murmuró Myriam—. Yo estoy allí de servicio y son todos buena gente.

—	Dónde está ese barracón?

—Es ése que veis ahí delante. La entrada está al otro extremo.

—	Qué debemos hacer?

—Entrad y sentaos en una mesa. Nadie os preguntará ni os dirá nada. Son los comedores colectivos del poblado. _

—Entonces, vamos allí

—Yo voy contigo. Dan.

—No, querida, .ahora no puedes. Tenemos que realizar una misión. Tú no nos pierdas de vista y actúa según te ordenen, las circunstancias

La mujer ahogó un sollozo en su garganta, mezcla de temor y de alegría.

— ¿Vas a correr algún peligro?

—No debes preocuparte por ello. Hace diez años que vivimos en un peligro continuo. Al menos ahora estoy luchando por nuestra libertad.

El grupo había llegado a las proximidades de la parte posterior del comedor.

—No nos pierdas de vista —volvió a repetir Dan en el momento de separarse.

—Dan...

—Ten ánimo, Myriam.

Los tres hombres se dirigieron hacia la entrada del comedor, mientras que Myriam se detenía unos segundos para acallar su corazón que galopaba desbocado en el pecho.

— ¡Myriam...! —gritó la mujer encargada de la cocina.

—Ya voy, señora Stimson ya voy.

—Date prisa, mujer. Los hombres tienen hambre.

Myriam se enjugó las lágrimas del rostro y se introdujo en la cocina arrastrando la carretilla con los planos.

Dan, Guy y Charlie se deslizaron por la pared lateral del edificio hasta enfrentarse con la puerta.

—Tenemos que entrar como si fuera la cosa más natural del mundo ordenó Dan—. Procurad no entablar conversación con nuestros vecinos de mesa. Si os hacen preguntas, contestadlas ambiguamente.

— ¿Qué vamos a hacer ahí dentro?

—Está convenido que la segunda letra de la palabra clave vendrá a buscarnos a uno de estos barracones. La cita era para la comida a mediodía, pero nuestro retraso en salir del campamento nos obliga a intentarlo durante la cena.

—Dios quiera que acudan a la cita.

—Ten la seguridad de qué lo harán, Guy. Los hombres encargados de alejarnos de estos lugares saben lo que se hacen. Durante diez años han sorteado toda clase de peligros y han conseguido burlar a nuestros enemigos. El hombre que dirige a este grupo de audaces guerrilleros es Ricardo Suárez, cuyo nombre corre de boca en, boca por las cinco partes del mundo.

— [Ojalá no te equivoques, Dan! —sentenció Charlie.

Un grupo de hombres se dirigía con paso presuroso hacia el comedor.

—Vamos a entrar —ordenó Dan—. Hagámoslo antes de que lleguen esos hombres.

Los tres amigos se introdujeron con paso decidido en el interior del barracón.

Se trataba una espaciosa habitación de unos treinta metros de largo por doce o catorce de ancho. Las paredes estaban totalmente desnudas y el único mobiliario consistía en tres larguísimas mesas, a cuyos lados habían unos bancos que servían de asiento a los comensales.

El comedor estaba ya casi lleno y la gente esperaba con habitual tristeza la mísera comida.

Dan dio una rápida ojeada! y se dirigió hacia, la mesa situada en el lado izquierdo, donde había unos sitios libres a la cabecera de la mesa.

—Si nos buscan, será fácil encontrarnos ahí —susurró Dan sin mover apenas los labios.

Los tres amigos tomaron asiento y esperaron.

A pesar de que sus vecinos de mesa estaban preocupados con sus propios y angustiosos problemas, no por ello dejaron de sentir cierta extrañeza ante la presencia de los tres desconocidos.

—No los he visto a ustedes por aquí nunca —comentó un anciano „de rojiza barba, que se sentaba frente a los tres .amigos.

Guy y Charlie guardaron silencio como si la cosa no fuera con ellos.

—Somos conductores de camiones. Hemos venido con una caravana.

—La caravana que vino esta mañana ha salido hace ya dos horas — replicó el viejo.

—Es que nuestro camión se ha estropeado —respondió Dan con aplomo—. Tendremos que esperar hasta que se encuentre reparado.

—Ustedes, al menos, pueden ver otros paisajes —se lamentó el viejo—. Desde hace diez años, mis ojos no han visto otra cosa que estos alrededores.

—Hay que tener paciencia —dijo Dan, con acento de simpatía.

—Este pueblo me vio nacer —continuó el viejo—. Cuando era niño, nada me hacía más feliz que corretear por los alrededores. Ahora lo detesto con toda mi alma.

— ¿Qué tal los tratan por aquí?

—No se meten con nosotros. Trabajamos por un plato de comida y eso es lo que les gusta a nuestros enemigos. Mientras no protestamos, todo va bien.

El viejo guardó silencio y su mirada se perdió en un punto indefinido, como si sus ojos intentaran volver a mirar hacia el pasado.

Dan y sus dos amigos permanecían con ojos vigilantes, en espera de que algo les advirtiese de la presencia del enlace que esperaban. Myriam caminaba de acá para allá, poniendo ante los hombres y mujeres que llenaban el barracón el escueto servicio para la comida.

Cuando llegó junto a Dan se inclinó para poner delante de él el modesto cubierto y, disimuladamente, oprimió uno de sus hombros con la mano que le quedaba libre.

Dan sintió aquella dulce opresión y el corazón le saltó de gozo en el pecho.

—Cuidado con tu cara, viejo —advirtió Guy.

Dan hizo un esfuerzo y procuró que no se reflejara en su rostro la emoción que sentía. Luego, cogió la cuchara y el tenedor y los puso ante sí, uno atravesado al extremo del otro, de forma que parecían una tosca T.

Si el hombre que enviaban a conectar con ellos era un ser avisado, aquel signo sería suficiente para darse a conocer.

La comida comenzó a ser servida. Ni Dan ni sus amigos se percataron de cuál era la repugnante bazofia que les servían. Sus ojos vagaban desde la puerta del comedor hasta el fondo de la sala, intentando encontrar un indicio que les señalara cuál era el hombre que tenía, que recogerlos.

—Me permiten. Un sitio, por favor.

Dan volvió la Cabeza y sus ojos se fijaron en el hombre que le había dirigido aquellas palabras.

—Está esto tan lleno que apenas si podía moverme en mi sitio. Les ruego que me disculpen, pero aquí podré comer con más desahogo.

Dan se estrechó un poco más contra Guy y dejó plaza al recién llegado. Se trataba de un hombrecito pequeño, de pelo oscuro y mirada brillante y risueña.

—No es muy bueno lo que nos dan —dijo el hombre—, pero yo no me pierdo ni una sola comida. Cuando Dios me trajo al mundo me dio un buen estómago. ¡soy capaz de digerir hasta las piedras!

El hombre lanzó una pequeña carcajada y se frotó las manos con fruición ante el humeante plato que tenía delante.

— ¿Son ustedes de aquí?

Dan miró de soslayo a su interlocutor y midió las palabras.

—Sí y no. ¿Y usted?

—lo estoy de paso. Me dirijo hacia Topeka. Tengo que hacer allí un

trabajo.

—Nosotros somos conductores de camiones —intervino Guy—. Se ha estropeado nuestro camión y hemos de esperar que esté reparado.

— ¡Magnífico, magnífico! —Dijo el hombre como si hubiera acabado de escuchar una espléndida noticia—. ¡No hay nada más hermoso que sentarse al volante de un buen camión. Las largas distancias se hacen cortas y si el paisaje es feo puede cambiar.

Aquellas palabras aceleraron el corazón de Dan. Aunque habían estado dichas con un aire superficial, parecían ocultar un segundo sentido.

— ¿Y va a estar usted mucho tiempo aquí?

—Nada más lo indispensable —dijo el hombre. Luego cambió de conversación—. ¿Me da un poco de sal, amigo?

Charlie alargó el salero a aquel extraño hombre, pero una torpe maniobra de la mano de éste dio al traste con el salero, que se volcó sobre la mesa.

— ¡Oh, perdone, perdone usted! Siempre he sido un poco torpe con mis manos.

El hombre intentó recoger la sal, bajo la mirada vigilante de Dan.

Mientras realizaba la operación su dedo índice hizo un rápido círculo sobre la blanca mancha, dibujando una O. Luego barrió con la mano el dibujo y volvió a meter la sal en el salero.

Dan no había perdido ni un solo detalle de la maniobra. Ahora estaba seguro de que aquel hombre era el enlace que buscaban.

—He estado comiendo aquí este mediodía —continuó el hombre con acento jovial—. He comido en muchos barracones como éste pero en ninguno he encontrado la comida tan sabrosa. ¿Qué no come usted, amigo? Dan miró los ojos picarescos de aquel hombre y una leve sonrisa se insinuó en sus labios.

—Sí, voy a comer. De pronto me ha vuelto el apetito.

—No hay nada mejor que tener el estómago lleno cuando uno tiene que realizar algún trabajo —dijo el hombre.

—No estaba yo muy seguro de tener que realizar ninguno —comentó Dan con indiferencia—, pero creo que me he equivocado.

— ¡ Por San Andrés que uno no sabe nunca cuándo va a tener que hacer algo y cuándo no va a tener que hacerlo! Este mediodía creí que no tenía que hacer nada y, sin embargo, estaba equivocado.

— ¿Y va a ser muy pronto cuando tenga que ponerse a trabajar?

—Sí, muy pronto. Pero ahora voy a comer.

El hombre guardó silencio y se puso a comer con cara de gran satisfacción.

Guy y Charlie, que no habían perdido detalle de la conversación miraban a Dan con ojos interrogadores; éste bajó los ojos en señal de

asentimiento y los dos amigos dieron un suspiro de satisfacción.

La comida fue transcurriendo pacíficamente, hasta que sonó el timbre que daba por terminada la misma y ordenaba la evacuación del edificio.

Dan y sus amigos, junto con aquel hombrecito, se pusieron de pie y se encaminaron hacia la puerta, pero todavía no habían avanzado más de tres o cuatro pasos, cuando un grupo armado apareció en la puerta.

Se trataba de hombres de Helikón, en cuyo ademán podía advertirse cierto aire de violencia.

— ¡Todo el mundo quieto! —gritó el hombre que parecía mandar el grupo.

Un movimiento de expectación recorrió a todos los comensales.

—El que haga el menor movimiento sospechoso será muerto en el acto.

Cuatro hombres se quedaron de guardia junto a la puerta mientras que los demás, hasta un total de veinte, se introducían en el barracón, obligando a golpes a que todos permanecieran en pie, junto a las mesas.

Dos de aquellos hombres comenzaron a mirar detenidamente el rostro de los sorprendidos seres. Sus ojos malignos escrutaban detenidamente las asombradas caras que tenían ante sí, como si intentaran reconocer a alguien.,

Dan miró con atención a aquellos dos sujetos y su corazón le dio un vuelco en el pecho. Se trataba del capataz y otro hombre, que mandaban el equipo minero al cual pertenecían él y sus dos amigos.

El hombrecillo moreno que tenían a su lado se percató en seguida de la excitación de Dan.

— ¿Qué sucede? —preguntó con un susurro de voz.

—Vienen por nosotros —respondió Dan en el mismo tono.

— ¿Son de Rawlins?

—Sí. El capataz y uno de los guardianes de mi grupo. Es preciso hacer algo. ¿Dispone usted de alguna ama?

—Sería inútil —respondió el hombre—. Son muchos y van bien armados.

—De todos modos es preferible luchar.

—No intente nada —susurró el hombre con voz enérgica—. Lo necesitamos vivo y no muerto. Déjese detener.

—Pero...

—Es una orden. En esta parte de la aventura la responsabilidad no está en sus manos.

Dan comprendió la razón que asistía a aquel hombre y decidió obedecer. Con breves palabras informó a sus dos amigos sobre la actitud que tenían que adoptar y esperaron.

Los dos hombres de Helikón recorrían lentamente las filas de asombrados terrestres, sin encontrar lo que buscaban. Por último vinieron a

pararse frente a nuestros tres amigos. Fue el capataz el primero en reconocerles.

— ¡Estos, éstos son!

Apenas pronunciadas estas palabras seis o siete de los hombres que montaban la guardia cayeron sobre nuestros tres amigos

Ninguno de los tres hombres hizo la menor resistencia lo cual no les evitó sufrir algunos golpes violentos.

En pocos segundos fueron derribados al suelo y fuertemente sujetados por sus aprehensores.

—Ponedlos en pie y atadlos —ordenó el jefe de aquel grupo.

La orden fue obedecida y poco después los tres amigos se encontraban, con las manos atadas a la espalda, bajo la mirada inquisitiva del jefe de aquel grupo.

— ¿Así que os habéis atrevido a escaparos de vuestro campamento? Yo os enseñaré a respetar las órdenes de vuestros superiores,

Al decir esto descargó su pesada mano sobre la cara de Guy.

Dan pudo ver cómo se le hinchaban las venas en la frente de su amigo. Por un momento temió que intentara repeler la agresión de aquel hombre; afortunadamente Guy supo encajar el insulto y apretó fuertemente sus labios para no escupir al rostro de su enemigo.

—Dentro de muy poco os arrepentiréis de haber nacido. En cuanto a los demás —dijo dirigiéndose al resto de los seres que poblaban el barracón—, os aseguro que haremos una investigación a fondo para averiguar quiénes han sido cómplices de estos desertores.

Un silencio impresionante acogió la amenaza de aquel desalmado.

— ¡Afuera con ellos! —continuó el hombre.

Ya se dirigían hacia la puerta de salida, cuando un grito desgarrador rompió el impresionante silencio.

— ¡Dan... Dan!

Era Myriam que no había podido soportar serenamente el que se llevaran a su marido.

—Creo que no vamos a tener que buscar mucho para encontrar los cómplices —dijo el hombre de Helikón—. ¡Traedme aquí a esa mujer!

Los dos guardianes que se encontraban más próximos cogieron a Myriam por los brazos y la llevaron rudamente hasta el grupo formado por los tres amigos.

— ¡Dan, no quiero separarme otra vez de ti! —gritó Myriam con dramático acento.

—Ten la seguridad de que no te separarás —dijo el jefe del grupo. ¡Atad también a esta mujer!

—Ella no sabía nada —intervino Dan—. La hemos encontrado aquí casualmente.

—No me importa lo que digas, terrestre. Tengo un corazón, muy tierno y no quiero apartar de tu lado a esta gatita.

El siniestro brillo de los ojos de aquel hombre heló la sangre en las venas de Dan.

Una nueva orden del jefe del grupo y los cuatro prisioneros salieron hacia el exterior.

Dan y sus amigos pudieron observar que los otros comensales del poblado estaban guardados por pequeños grupos de hombres de Helikón, armados hasta los dientes.

Atravesaron la plaza central del pueblo y fueron introducidos en un edificio de madera, que servía de acuartelamiento a las fuerzas encargadas de la vigilancia en el poblado.

—No los perdáis de vista —ordenó el hombre que había dirigido la operación—.Voy a preparar los automóviles que nos conducirán de nuevo a Rawlins.

Luego miró con desprecio a los prisioneros y les dirigió unas palabras:

—Hace tiempo que estaba deseando que ocurriera una cosa así. La población esclava de Laramie está olvidando su condición. Haremos un escarmiento ejemplar con vosotros, que nos asegurará una obediencia más sumisa durante un buen tiempo.

Los Cuatro desventurados quedaron bajo la vigilancia directa de un grupo armado, mientras aquel hombre iba a, cumplir lo prometido.

No habían transcurrido diez minutos cuando el ruido de los motores les advirtió que todo estaba a punto para hacer el traslado.

A una orden de sus aprehensores salieron al exterior del edificio, donde pudieron ver cinco automóviles de gran potencia, que estaban esperándoles.

Los cuatro prisioneros, junto con dos guardianes, fueron introducidos en el interior del automóvil que ocupaba la posición central, mientras los otros cuatro coches daban cobijo a un grupo de veinte hombres armados, los cuales se encargarían de la protección y vigilancia del convoy.

—Ahora vamos en dirección a Rawlins —ordenó el jefe del grupo—. Tenemos que llegar antes de que se adentre la noche.

Los cinco conductores ocuparon sus sitios y poco después partía la caravana por el sinuoso camino que llevaba a la población de forzados.

Los seres que habitaban Laramie, excluidos los de la guarnición de hombres de Helikón, permanecían en el interior de los barracones colectivos que servían de dormitorio.

La dramática escena había acentuado el tono triste de sus caras y un impresionante silencio reinaba, como piadoso homenaje a aquellos desgraciados.

Pero había un hombre que no había permanecido inactivo. Era el extraño interlocutor de Dan. Sigilosamente consiguió escapar del poblado y

se adentró en el montuoso paisaje. Cuando ya se consideró a salvo se detuvo y extrajo de su pecho una microscópica emisora. Unos segundos después conectaba por radio con un misterioso interlocutor.

CAPITULO V

La caravana de automóviles fue progresando por el accidentado terreno en dirección a Topeka.

El doble sol que poblaba el espacio se había ocultado en el horizonte y un crepúsculo, rojo y violeta, impregnaba con sus rayos la atmósfera.

Los cuatro prisioneros guardaban silencio, obligados por la actitud amenazadora de sus guardianes.

Haría una media hora, que estaban en camino, cuando el coche que conducía al jefe del grupo, y que figuraba en primera posición, dobló un recodo de la carretera y frenó bruscamente.

Los cuatro prisioneros pudieron oír la voz irritada del hombre de Helikón que mandaba la caravana.

—Algo sucede —susurró Guy al oído de Dan.

—Parece que el jefe de la expedición está irritado —comentó Dan.

— ¡Callaos! —Ordenó uno de los guardianes—. La próxima vez que intentéis hablar os romperé los dientes.

Hasta los oídos de los cuatro prisioneros llegaba la voz desaforada del hombre de Helikón.

— ¿Quién demonios ha puesto esto aquí?

—Debe haber sido un desprendimiento accidental —contestó uno de sus hombres.

—Vamos a ver si podemos quitarlo.

Durante varios minutos pudieron escucharse las voces de los hombres del primer automóvil, que se esforzaban en remover algún obstáculo de la carretera.

Dan modificó un poco su posición dentro del coche y pudo ver aunque imperfectamente, que una gran roca obstruía el paso por la carretera.

No lo conseguiremos "dijo uno de los hombres—, es muy pesada.

— ¡¿Qué demonios hacen los demás hombres!?

— ¡Eh, venid aquí todos! —gritó el que mantenía el diálogo con el jefe.

Los hombres que ocupaban los cinco coches descendieron de los mismos, y se dirigieron hacia el obstáculo que impedía el paso.

Los cuatro prisioneros quedaron momentáneamente solos.

— ¿Qué habrá sucedido, Dan?

—Parece ser que una gran piedra les impide continuar el camino,

— ¿Crees que será casual el accidente?

—Quisiera creer que ha sido provocado, Guy, pero no quiero hacerme vanas ilusiones.

— ¿Y si intentáramos escaparnos? —sugirió Charlie.

—Es una buena idea pero para ello necesitábamos deshacernos de nuestras ligaduras.

—Vuélvete de espaldas a mí, e intentaré deshacer el nudo que ciñe tus muñecas —propuso Guy.

Dan obedeció las instrucciones de su amigo y Guy comenzó a trabajar, espalda con espalda, intentando desatar el fortísimo nudo. Sus dedos estaban casi totalmente incapacitados para moverse, pero su gran fuerza le permitía conseguir, lenta pero seguramente, esperanzadores progresos

En el interior del vehículo reinaba una gran tensión mientras Guy realizaba su trabajo. De la cabeza de la caravana venían voces e imprecaciones, de los hombres que intentaban inútilmente remover el pesado obstáculo que se interponía en su camino.

—Tendremos que volar esta roca —dijo uno de los hombres que formaban el grupo de guardianes.

Apenas habían sido pronunciadas estas palabras cuando un siniestro tableteo vino a ahogar el rumor de las voces.

Durante varios segundos, las ametralladoras pespuntearon el silencio de la noche con sus fatídicas ráfagas.

Los cuatro amigos permanecían en suspenso, desconcertados por aquel inesperado y furioso ataque.

— ¡Vaya un fuego endiablado! —gritó Charlie.

El siniestro tableteo continuó durante unos segundos y luego cesó tan inopinadamente como había comenzado

—Se diría que nuestros enemigos han sufrido un encuentro desagradable e inesperado.

—Apostaría a que son los hombres de Ricardo Suárez —dijo Dan—. Esas armas no son empleadas por los hombres de Helikón.

—Son fusiles ametralladores del tipo E-44. Los reconozco, al oído —comentó Guy.

Un silencio sepulcral se había adueñado de todo el territorio circundante. Aunque los cuatro amigos agudizaban el oído no podían percibir voz o rumor alguno que pudiera darles una luz sobre lo que había acontecido.

—No se oye nada —comentó Myriam.

— ¡Silencio! —ordenó Dan—. Parece que alguien se acerca hacia aquí.

Los cuatro amigos prestaron atención y pudieron oír con toda claridad la respiración fatigosa de alguien que se aproximaba lentamente.

El ser de qué se trataba arrastraba pesadamente los pies y de vez en cuando se apoyaba en la carrocería de los automóviles puestos en línea.

El rumor de su marcha y el jadear de su pecho fueron haciéndose más perceptibles, indicando su proximidad.

Myriam lanzó de pronto un angustioso grito.

Los tres amigos, siguiendo la dirección de la mirada horrorizada de Myriam, vieron la cara de uno de los hombres de Helikón pegada junto a la

ventanilla de la derecha del coche que ocupaban.

Aquel hombre llevaba en su rostro el signo inequívoco de la muerte.

Una gran palidez se mostraba en su cara mientras que un hilillo de sangre brotaba por las comisuras de sus labios. Sus ojos reflejaban malignamente todo el odio y la rabia que albergaba su corazón.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano rompió con la culata de su arma el cristal de la portezuela e introdujo por ella el cañón.

Guy se echó de espaldas e intentó desviar con los pies el cañón del arma homicida, pero el hombre retrocedió un paso, quitando su arma del alcance del terrestre. Su mano temblorosa so deslizó hasta el rojo botón que servía de disparador, y se dispuso a apretarlo.

En aquel mismo instante, un disparo, seco como un latigazo, taladró el silencio de la noche.

El hombre de Helikón dejó caer el arma al suelo y abrió los brazos como si quisiera asirse a algún sitio. Un segundo después yacía sin vida junto al automóvil.

— Están aquí! —se oyó gritar a una voz, perteneciente a alguien situado muy cerca del coche de los prisioneros.

Un confuso rumor de voces fue creciendo y poco después se abrían las puertas del coche y unos acerados brazos ayudaban a salir a los cuatro prisioneros.

— ¡Desatadlos!

En un abrir y Cerrar de ojos fueron cortadas las ligaduras y los cuatro seres pudieron recobrar su libertad de movimientos.

Un silencioso grupo de hombres les rodeaba. Casi todos ellos eran de regular estatura, ojos oscuros y brillantes y pelo negro. Todos iban armados con un fusil-ametrallador, amén de otras armas cortas y un grueso cuchillo.

— ¡Cuánto siento que no hayan podido hacer una buena digestión! Según me dijo José acababan ustedes de cenar cuando les hicieron prisioneros.

El hombre que así hablaba era un tipo de mediana estatura e imborrable sonrisa. Sus movimientos eran Firmes y elásticos, como corresponden a un hombre habituado al ejercido,

— ¡Ricardo Suárez! —exclamó Dan.

—El mismo —contestó el hombre. ¡Por Santiago que tenía ganas de echarle la vista encima! ¿Es usted el profesor Dan Newport, no?

—Así es —contestó Dan mientras estrechaba la mano de su salvador.

—Doy gracias a Dios —continuó Ricardo Suárez— por haberme permitido llegar a tiempo. Nuestra palabra clave va formándose, según los planes que hemos establecido.

Dan presentó a sus dos amigos y a su mujer.

Ricardo Suárez estreché la mano de los dos hombres y besó

galantemente la de Myriam.

—No contábamos con su esposa, amigo Dan.

—Ha sido un puro accidente lo que nos ha permitido encontrarla en nuestro camino —respondió el aludido.

—Eso es una prueba de que la Providencia está con nosotros —sentenció el español.

—Espero que no habrá inconveniente, en llevarla con nosotros.

—Todo lo contrario respondió Ricardo Suárez—. Para nosotros es un placer poder liberar a su mujer del yugo de nuestros feroces enemigos.

—Estoy seguro de que no será un estorbo..

— ¡En absoluto! Hasta es posible que sea capaz de prepararnos alguna buena comida —rió el español—Hace años que no sé lo que es comer cristianamente.

Las palabras de aquel hombre y el tono en que estaban dichas llenaron de confianza a los prisioneros recientemente liberados.

—Denme cualquier cosa y un poco de fuego y estoy segura de que no se arrepentirán de haber tropezado conmigo —dijo Myriam, sonriendo por primera vez.

— ¡Estupendo! — Exclamo Ricardo Suarez — No tardaremos mucho en hacer la prueba. Ahora es preciso que abandonemos este lugar cuanto antes. No creo que el ruido de la lucha haya llegado hasta los oídos de nuestros enemigos, pero en nuestra situación las precauciones no sólo son una virtud sino un deber.

Todos convinieron en la necesidad de hacer lo que indicaba aquel extraordinario hombre, y en pocos minutos abandonaron el siniestro lugar donde yacían sus aprehensores.

Se introdujeron por el montañoso terreno y caminaron durante quince minutos en el más completo silencio.

— Aquí es donde estábamos apostados —dijo Ricardo Suárez al cabo de este tiempo—. La otra mitad de mis hombres se encuentra al sur de Laramie. Dividí mi guerrilla en dos grupos, uno al norte y otro al sur, por si sucedía algo como lo que sucedió. De no haber pasado nada, José los hubiera traído hasta aquí.

— ¿Y cómo pudo enterarse usted de lo que acontecía?

—Diez años de lucha me han dado alguna experiencia en estas lides. José lleva un pequeño equipo emisor de radio y nuestro grupo y el que se encuentra al sur de Laramie, otro. Apenas salieron ustedes del poblado, José comunicó con nosotros y nosotros nos preparamos para actuar.

—No hay nada como una buena organización —comentó Guy—. Cada vez estoy más contento de haber cambiado de vida.

—Me alegro de que sea así —replicó Ricardo Suárez—. De ahora en adelante el cambio será todavía más radical. Sólo le diré que aún nos

quedan cuatro horas de camino para llegar a nuestro refugio, en pleno corazón de las Montañas Rocosas. En cuanto al próximo objetivo que debemos alcanzar tardaremos unos tres meses en conseguirlo.

Guy lanzó un silbido de asombro ante las palabras del audaz guerrillero.

—No se extrañe usted —replicó éste—. Nos movemos en un mundo completamente hostil. La mayor parte de nuestro camino lo haremos a pie, por lo menos hasta habernos alejado unos centenares de kilómetros de estos lugares. Tres meses no son apenas nada. Nueve años hemos tardado en organizar este golpe y más de dos en trasladar nuestro grupo desde las montañas españolas hasta los Estados Unidos. ¿Qué le parece, amigo Guy?

Guy guardó silencio durante unos segundos, intentando asimilar mentalmente el extraordinario relato que le hacía el español.

— Me parece — dijo, por fin — que es usted el hombre más extraordinario que he tropezado en mi vida. Con la mitad de su tenacidad hubiera llegado yo en otros tiempos a cualquier posición que se me hubiera ocurrido

—Mi pueblo no sabe soportar fácilmente a los que pretenden estrangular su libertad. Diez años dura la lucha y diez mil duraría si nuestros enemigos estuvieran diez mil años sobre el suelo de mi patria.

Los cuatro americanos guardaron silencio, emocionados por las palabras de aquel hombre.

Dan estaba contento. Con aliados como aquel, la inaudita lucha que había iniciado tenía muchas posibilidades de culminar con éxito.

CAPITULO VI

Si acaso fueron exageradas las previsiones de Ricardo Suárez, no lo fueron por exceso sino por defecto.

Aquel grupo de hombres valerosos e indomables, todos ellos españoles, tenía por misión inmediata llevar a los cuatro americanos hasta la ciudad de Nueva York, donde tendría lugar la tercera fase de la arriesgada aventura emprendida por Dan.

Durante cerca de cuatro meses caminaron largas jornadas diarias, con las mismas precauciones que si avanzaran por territorio enemigo.

Desde las Montañas Rocosas que atravesaban el Estado de Wyoming marcharon hacia el Este, hasta introducirse en el Estado de Nebraska, el cual atravesaron y pasaron al de Iowa.

Una vez en este Estado mejoraron considerablemente las condiciones de su lenta marcha hacia el Océano Atlántico.

Ricardo Suárez decidió utilizar los ferrocarriles, enviando pequeños grupos que, convenientemente documentados; hicieron el viaje sin ningún contratiempo.

Los hombres de Helikón ejercían un severo control sobre las vías de comunicación, pero, aun así, no podían evitar una cierta libertad en los traslados, so pena de producir un colapso en la vida del país, del cual habían de ser ellos mismos los primeros perjudicados.

Dan y sus amigos pudieron comprobar mil veces la previsión y astucia de que daba muestras el español, el cual tenía siempre una solución para los innúmeros problemas que so les planteaban.

A partir su entrada en el Estado de Iowa, la cosa se simplificó considerablemente, de modo que el resto del viaje invirtió tan sólo unos días.

El tiempo de estancia de Ricardo y sus hombres en los Estados Unidos, no había sido desaprovechado. En Nueva York, como en otras ciudades de la nación, había conseguido organizar puntos de apoyo, que, moviéndose sigilosamente, laboraban en la lenta y desesperada conspiración que se urdía contra los invasores.

La meta final de aquel increíble éxodo se hallaba en un edificio gris y semiderruido, situado en la margen del East River que correspondía al distrito de Manhattan.

En otros tiempos, aquel edificio era la planta principal de una modesta fábrica de colorantes, cuyas actividades jamás fueron muy importantes, al menos, en cuanto a la fabricación de colorantes se refiere.

Sólo muy pocos hombres conocían la importancia de aquel edificio. El mismo Dan conoció su secreto poco antes de que la Tierra fuera invadida por los habitantes de Helikón.

Bajo las pesadas losas de aquel derruido edificio se extendía un gran laboratorio, de acceso tan impenetrable que había permanecido ignorado para los hombres de Helikón.

Una prensa hidráulica, convenientemente camuflada, que utilizaba las aguas del río, ponía en funcionamiento un mecanismo que descorría un pesado bloque de piedra del suelo del edificio, dejando al descubierto la entrada al laboratorio.

En otro tiempo fue uno de los laboratorios secretos donde los hombres de ciencia de los Estados Unidos realizaron el proyecto Manhattan, nombre con el que se encubría la primera experiencia atómica, que dio origen a las famosas bombas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki.

En aquel momento, Dan y sus amigos, junto con Myriam y un grupo de hombres de la unidad de Ricardo Suárez, permanecían en uno de los amplios despachos subterráneos del laboratorio.

Quien los hubiera visto en otros tiempos, no sería capaz de reconocerlos ahora. Su larga caminata de más de 3.000 kilómetros los había enflaquecido y el duro sol de los caminos había curtido su piel, ennegreciéndola.

Sin embargo, habían recobrado un brillo en la mirada, que poco antes parecía haber desaparecido para siempre.

—Te aseguro, Dan, que prefiero nuestro largo caminar y dormir a la intemperie, como hemos hecho durante estos últimos meses, a estar metido en esta ratonera.

—Te comprendo, Guy. Has ido tomándole gusto a la libertad y ahora te encuentras aquí como prisionero.

—Algo así es lo que me pasa.

—Sin embargo no piensas que la libertad de que has gozado es una caricatura de la verdadera libertad. Nuestro espíritu sigue coaccionado por los hombres de Helikón. Hemos andado fugitivos, sorteando peligros, escondiéndonos como si fuéramos unos criminales.

—Tienes razón, Dan. Estoy completamente de acuerdo contigo. Ahora es cuando estamos en el verdadero camino de la libertad.

—Camino que hemos empezado a recorrer terció Charlie.

—Lo que me sucede es de carácter físico —continuó Guy—. Parece como si me ahogara entre estas paredes.

—Lo que le sucede a Guy es muy natural —intervino Myriam—. Yo misma me había acostumbrado a nuestra vida de vagabundos y ahora echo de menos todos los avatares de nuestro viaje.

Dan lanzó una cariñosa sonrisa a su mujer, que ésta agradeció estrechándole suavemente la mano.

—Lo más desesperante es no saber a qué atenernos. Hace dos días que salió Ricardo, y todavía no ha vuelto.

—Eso es lo que me preocupa, Guy. La expedición no debía tardar más de veinticuatro horas en volver. Temo que le haya pasado algo.

—Ricardo volverá —sentenció gravemente uno de sus hombres.

—¿Lo crees así, Pedro? —interrogó Dan.

—Ricardo volverá —repitió el hombre—. En nuestro oficio se muere pronto o ya es casi imposible que nos maten. Ricardo vuelve siempre.

Aquellas palabras consolaron a los cuatro americanos. Su larga convivencia con aquellos hombres, graves y taciturnos, les había enseñado a conocerlos y a admirarlos. Los españoles hablaban poco, pero jamás se les escapaba un detalle. La falta de viveza en sus palabras se compensaba por una viveza extraordinaria en su pensamiento y en sus actos. Si aquél hombre decía que Ricardo tenía que volver, había un noventa por cien de probabilidades de que volviera.

—Que Dios te oiga, Pedro —dijo Myriam.

—Lo más difícil del mundo es esperar —continuó el aludido—. Quien sabe esperar, tiene asegurada la victoria.

—Cuando estábamos en las montañas de España siempre nos lo decía Ricardo —intervino otro de los hombres de Suárez—: «No hay más que dos caminos: esperar o atacar».

—Si conseguimos salir bien de esta aventura —dijo Guy—, tengo que irme a pescar truchas en los ríos españoles, en compañía de Ricardo. Debe ser un compañero ideal para hacer vida al aire libre.

La conversación se generalizó hasta que uno de los hombres que estaban apostados en la guardia cerca de la entrada se presentó en el despacho.

— ¡Ya están ahí! En estos momentos les están abriendo la entrada.

Dan y sus amigos no pudieron, evitar ponerse de pie con nervioso gesto.

— ¿Estás seguro de que son ellos, Romualdo?

—Sí; han hecho la señal para que les abramos.

Un confuso rumor de voces venía desde el pasillo que conducía al amplio despacho. Las voces fueron acercándole y, por fin, desembocó en la habitación un grupo de hombres capitaneado por Ricardo.

— ¡Ah, es una verdadera delicia volver de nuevo al hogar!

Dan y los demás se acercaron a estrechar, la mano de su amigo.

— ¿Cómo han ido las cosas, Ricardo? ¿Estáis bien todos?

—Magníficamente, Dan. No hay nada mejor que pasar por algún peligro para gozar de buena salud.

— ¿Habéis conseguido vuestro objetivo?

—No estaríamos aquí si no lo hubiéramos conseguido —dijo formalmente Ricardo—. Te traemos el regalo que nos pedistes.

Ricardo se volvió hacia sus hombres y les dio una orden. Dos de ellos

avanzaron, llevando en brazos a un anciano fuertemente atado y amordazado.

—He aquí el regalo qué te envían los Reyes Magos, Dan.

— Pero ¿cómo le traéis en este estado? ¿Qué ha sucedido?

—Ya te lo explicaré, Dan. Ahora vamos a desatarlo.

En pocos segundos liberaron al anciano de sus ligaduras y le quitaron la mordaza.

El hombre se puso en pie y flexionó los brazos para desentumecerse. Aunque era débil de apariencia, sus ojos fulguraban centelleantes, con la mirada iracunda de un héroe troyano.

— ¡Les he dicho que no, una y mil veces que no! Me da igual que me maten o me torturen, o que hagan de mi lo que quieran. De ninguna manera conseguirán que colabore con ustedes. ¿Lo han oído? ¡De ninguna manera!

— Cálmese, profesor —insinuó Dan.

—No quiero calmarme. ¡Estoy harto de ustedes!

—Le necesitamos profesor Kinley.

— ¡Un cuerno! ¿Me han oído ustedes? ¡Un cuerno! Eso es lo que tengo que decirles yo.

Dan intentaba a todo trance darle una explicación al enfurecido profesor, pero sus palabras eran cortadas a flor de labios por las imprecaciones del anciano, que se encontraba fuera de sí.

—Ahora comprenderás por qué lo hemos traído de esa manera —sonrió Ricardo.

El anciano profesor volvió su mirada iracunda hacia Suárez.

—De todos los que me he tropezado es usted el más desvergonzado, joven. Espero que todavía viviré lo bastante para darle un buen puñetazo en las narices.

El profesor Kinley, uniendo la acción a la palabra, intentó un ataque hacia el objetivo anunciado, que Ricardo consiguió frenar, sin ocultar la gracia que le hacía la actitud del profesor.

— ¡Pero, querido profesor! ¡Por Santiago que tiene fibra da luchador!

—Si tuviera cuarenta años menos, ya le demostraría yo a usted ¡sinvergüenza!

— ¿Pero no me reconoce, profesor? —dijo Dan.

El profesor miró a su interlocutor y se acercó para fijarse bien en sus facciones.

—Usted tiene cara de tonto ¡pero he visto tantos tontos en esta vida!

Dan y sus amigos no pudieron evitar una carcajada.

—Muchas gracias, profesor Kinley —sonrió Dan.

No tiene por qué dármelas, botarate. No hago más que expresar en voz alta una verdad rigurosamente científica.

—Ahora me permitirá usted que le hable.

— ¡No! —contestó furiosamente el profesor.

—Está bien. Probaremos otros procedimientos.

—Se me da un higo los procedimientos que pueda poner usted en práctica —refunfuño el profesor.

Dan había abandonado toda idea de nacerle comprender al profesor. Con paso decidido se dirigió a un gran encerado que había adosado a la pared, y que en otro tiempo sirvió a los hombres de ciencia que trabajaban en el laboratorio. Cogió un trozo de tiza y dibujó dos letras de gran tamaño.

Todos miraron lo que Dan había escrito en la pizarra Simplemente había escrito una I y una O.

—Es realmente sorprendente —exclamó el anciano con incisivo tono— que un hombre de tan mínimas facultades mentales como usted sepa escribir. Yo diría...

Las palabras del profesor se interrumpieron a flor de labios. El anciano levantó la cabeza y sus ojos desorbitados se clavaron en las dos letras qué había escrito Dan en la pizarra. Durante unos segundos reinó un silencio impresionante en el interior del laboratorio.

—Bueno, yo... — el profesor no terminó la frase y se acercó más a la pizarra.

— ¿Podría ayudarme usted a completar la palabra? —pregunto Dan.

Los ojos del anciano iban de las letras de la Pizarra a la cara de Dan.

Con paso que la emoción hacía tembloroso se acercó al encerado y tomo un trozo de tiza, su mano se movió ágilmente y dibujó la letra P, al lado de las dos letras que había dibujado Dan.

Luego retrocedió unos pasos y se quedó inmóvil, mientras sus ojos escrutaban profundamente la cara de nuestro amigo.

— ¿No me reconoce, profesor? Soy Dan Newport.

— ¡Dan, Dan! ¡Dios mío, haz que no sea todo esto un sueño!

. Dan se acercó al profesor y los dos hombres se estrecharon en un emocionado abrazo.

—No es un sueño, querido profesor. Este momento es la más hermosa realidad de mi vida.

— ¡Dan! —dijo el anciano con voz conmovida—. ¡Ya lo tenía olvidado todo!

Lo mejor será que tomemos un buen trago para celebrarlo —insinuó Ricardo— ¡Trae coñac, Romualdo!

El aludido salió a cumplir la orden de su jefe y poco después regresaba con una botella y unos vasos, que Myriam se encargó de servir.

—No ha sido nada fácil agenciarnos esta botella —explicó Ricardo—. Por más que lo intento, no puedo acostumbrarme a ese endiablado whisky

que toman ustedes.

Dan ayudó a sentare al profesor, el cual no había conseguido recuperarse todavía de su emoción.

—Creí que me reconocería usted, profesor.

—Ni tu propio padre te habría reconocido y muchacho qué cambiado estás!

—Fue hace diez años la última vez que nos vimos.

—Diez años me han parecido diez siglos. Entonces trabajábamos juntos en la realización de un sueño. Ahora ya no me quedan ni sueños.

—He venido a que reanudemos ese sueño, profesor.

—La desesperanza y mi natural distracción me habían hecho olvidarlo todo. Hace seis años recibí tu mensaje y una letra. Era la clave que volvería a ponernos sobre el camino de nuestros sueños.

—Los cuatro elementos fundamentales de mi proyecto tenían designados una letra cada uno. Tuve que recurrir a ese artificio para evitar que nuestro proyecto se viniera abajo. Cada uno de los cuatro transmitía su letra a un sucesor, en caso de peligro de muerte. De esta forma, aunque muriéramos los que integrábamos el proyecto, éste subsistiría en nuestros sucesores. La palabra clave uniría a los hombres encargados de llevarlo a la práctica.

—Ahora comprendo todo ese jaleo de las letras —dijo Charlie—. Nunca quise hacer preguntas Sobre ello, pero reconozco que estaba intrigado.

—Guy era mi sucesor, Charlie. Si yo hubiera muerto, tú hubieras sido el sucesor de Guy.

—Yo casi lo había olvidado —dijo el profesor—. Durarte los dos primeros años, estuve esperando que llegara mi enlace. Al ver que pasaba el tiempo me fui sumiendo en una lenta desesperación, hasta que llegué a olvidarlo todo.

—No te puedes imaginar, Dan, lo mucho que nos ha dado que hacer este valiente profesor. Durante cerca de dos días hemos estado persiguiéndole, hasta que, por fin, pudimos darle caza.

—Creí que se trataba de esos malditos hombres de Helikón. Durante mucho tiempo han intentado que colaborara con ellos en sus siniestros planes a lo cual me negué siempre. Los dos primeros años, me colmaron de atenciones y halagos, luego vinieron las amenazas, y por último me abandonaron a mi suerte. Hace ocho años que trabajo de jardinero, a las órdenes de nuestro municipio. Algunos desvergonzados colaboracionistas han sido entronizados en la dirección de la ciudad. He llegado a tomarle gusto a mi trabajo. De vez en cuando me visitan los hombres de Helikón intentando seducirme con la promesa de grandes riquezas si colaboro con ellos.

—No tuvimos más remedio que raptarlo y traerlo aquí atado de pies y manos —sonrió Ricardo—. No queríamos despertar sospechas y por poco el profesor llama la atención de la ciudad entera.

—Fue una medida acertada —concedió el profesor—. Estaba dispuesto a armar un escándalo.

La conversación se prolongó durante unos minutos dentro de un ambiente de gran jovialidad.

— ¿Entonces todavía hay posibilidades de que intentemos algo? —interrogó el profesor.

—Hasta ahora todo nos ha salido bien —respondió Dan

—Pero tú has hablado de cuatro elementos —intervino Myriam.

—Sí, nos falta el cuarto. Falta la cuarta letra de nuestra palabra clave. Sin ese hombre todos nuestros esfuerzos habrán sido inútiles.

— ¿Y quién es ese hombre? —preguntó Guy.

—Su nombre no os dirá nada. Hace diez años apenas si era conocido por media docena de seres, y sin embargo, fue uno de los hombres más poderosos de la Tierra.

—Me llenas de curiosidad, Dan —intervino Myriam—. ¿Estás seguro de que los diez años que has permanecido lejos de mí no te han trastornado la cabeza?

No creas que me ha sido fácil permanecer alejado de ti —sonrió Dan—. Pero puedes estar segura de que me encuentro perfectamente cabal.

— ¿Y quién es ese hombre?

—Ese hombre se llama Hauer. Hace diez años era el misterioso y desconocido jefe del Servicio de Contra Espionaje de los Estados Unidos. Yo lo conocí unos días antes de que sufriéramos la invasión de los hombres de Helikón. Por aquel entonces tuvimos que realizar juntos una misión delicada en la que yo no intervine más que en la primera fase. De aquel entonces vino a mi mente la idea que hoy nos ha reunido aquí. Hace ocho años que conseguí mandarle la última lera de nuestra palabra clave, esa lera es la O.

— Entonces la palabra es TOPO? —preguntó Charlie.

—Ciertamente. Charlie

— ¿Y tiene algún significado especial?

—Sí que lo tiene. Pero solamente Guy y yo, conocemos su pleno significado.

— ¡Ya lo recuerdo! —dijo de pronto el profesor.

— ¿Qué es lo que recuerda? —preguntó Ricardo.

—Esa palabra...

—Le ruego que no continúe —cortó Dan suave pero firmemente.

El profesor miró a su amigo y discípulo y reprimió las palabras que iba a pronunciar.

Creo comprenderte Dan.

—Tendréis que disculparme los demás. Por ahora, es preciso que guardemos nuestro secreto, estamos rodeados de enemigos y todavía podemos caer en sus manos. Aunque el pleno significado de esta palabra fuera conocido por nuestros enemigos, no sería suficiente para deshacer nuestros planes, pero tened la seguridad de que movilizarían todos los hombres sobre la superficie del planeta para conseguir deshacerlos. Esa palabra significa la única posibilidad de los terrestres de conseguir derrotar a nuestros enemigos. Espero que muy pronto todos podáis saber de qué se trata.

—A mí me basta con lo que se me dijo hace años — intervino Ricardo —. Alguien en los Estados Unidos decía ser capaz de poderse enfrentar con nuestros adversarios; ese alguien solicitaba mi ayuda y yo vine aquí con mis hombres. No necesito más. En mi tierra los topos son animales que viven en un agujero; con saber eso me basta.

Las palabras de Dan y las de Ricardo, llevaron al ánimo de todos la necesidad de no ser demasiado curiosos. Cada uno había aducido su esfuerzo a la misteriosa empresa, convencidos de que era mejor intentar algo por oscuro que fuera, que permanecer inactivos. Dan había pensado que el profesor olvidaría el significado de aquella palabra, pero no le importaba que lo recordara, en la seguridad de que aquel hombre jamás confesaría ante sus enemigos.

—Entonces lo único que importa ahora, es hacernos con ese misterioso cuarto personaje ¿no es así? —preguntó Ricardo.

—Así es —contestó Dan.

—Ya sabes que estoy especializado en la captura de tipos ariscos — sonrió el español— Dame tus instrucciones y te traeré a ese hombre como sea.

—De eso estoy seguro —apuntó el profesor.

—Lo malo del caso es que no puedo darte esas instrucciones, Ricardo. Ese hombre sabe la existencia de este refugio. Es aquí donde debe encaminarse por su propio pie.

—Esa es una leve esperanza —dijo Myriam—. Quizá haya muerto hace ya mucho tiempo.

—Estoy seguro de que no, querida. Si ha muerto, no hará más de un año.

— ¿Cómo puedes saber eso?

Dan se levantó de su asiento y atrajo la atención de todos los concurrentes hacia una de las paredes laterales del laboratorio.

— ¿Qué veis aquí?

Todos miraron con interés hacia la pared señalada por Dan y manifestaron su asombro de las más diversas manera.

—Supongo que no tendrás ganas de bromas —dijo Guy.

—Te digo sinceramente que no veo nada —contestó Charle.

— ¿No veis esas huellas en la pared?

— ¿Te refieres a esos arañazos? —preguntó Ricardo.

Todos centraron su atención sobre unas pequeñas estrías que rayaban la pintura dela pared.

—Así es, Ricardo. Esos arañazos han sido hechos con la punta de la navaja de Hauer. Son su tarjeta de visita. Como podéis ver, hay siete. Son las siete visitas que ha hecho al laboratorio a partir del momento en que conseguí conectar con él. Una por cada año. Este año no ha venido todavía. Si no ha muerto, volverá otra vez. Cuando lo haga, estaremos en condiciones de comenzar en serio nuestra tarea.

Impresionados por las palabras de Dan, todos permanecieron en silencio. Aquel mensaje del hombre desconocido adquiría unas dimensiones colosales a los ojos del audaz grupo de conspiradores.

Según las palabras de Dan, aquel era el personaje clave de la gran aventura que se habían propuesto. La suerte de la Humanidad entera, dependía de que aquel hombre siguiera existiendo.

—Has conseguido sobrecogerme el corazón —dijo Guy.

—No era ese mi propósito, viejo camarada. Poco a poco he de ir informando a todos de los pormenores de nuestra empresa, tú sabías el significado que tiene para nosotros la palabra TOPO, y sabías igualmente, que este era el punto de reunión, pero te faltaba saber la identidad del cuarto hombre.

—Sí no triunfamos en nuestra empresa, no será porque no haya sido bien meditada —intervino Charlie. — Espero que todos tus esfuerzos, Dan, obtengan el resultado que todos deseamos.

—Esta es la situación. Recuerdo las palabras que ha dicho uno de los hombres de Ricardo: «atacar o esperar». Como no podemos hacer lo primero, hemos de templar nuestros nervios para realizar con éxito lo segundo.

—Sabremos esperar, Dan —concluyó Myriam—. El premio que podemos alcanzar, bien vale la pena.

CAPITULO VII

Paso toda una semana sin que Hauer diera señales de vida, lodos los comprometidos en la empresa de la que Dan era el alma, procuraron soportar el lento paso de los días, de la mejor manera que pudieron.

Un grupo de cuatro hombres, nombrados por Ricardo, se dedicaba a traer las provisiones necesarias para cuantos permanecían encerrados en el laboratorio.

Estos cuatro hombres eran los únicos que salían al exterior, y mediante la ayuda de los grupos clandestinos que habían organizado anteriormente, se proveían de todo lo necesario para la subsistencia de Dan y sus amigos.

Así mismo estaban encargados de traer toda suerte de informaciones que pudieran ser de utilidad.

Según ellos, los hombres de Helikón se mostraban muy activos en la ciudad de Nueva York.

Al parecer la escapatoria de nuestros amigos del campo de trabajo de Rawlins, y el sangriento encuentro con las fuerzas de Ricardo, habían tenido como consecuencia un incremento en la hostilidad de los terrestres contra los invasores.

En distintos lugares de los Estados Unidos se habían producido revueltas de carácter violento. Los invasores no vacilaron en reprimirlas sangrientamente y ahora se dedicaban a nacer detenciones en gran escala.

El procedimiento seguido por los hombres de Helikón era infalible; cuando intentaban nacer alguna «razzia» en una localidad de los Estados Unidos, la invadían con una nube de gas soporífero, hundiendo a todos sus habitantes, en un sueño profundo. De este modo, podían arrancar de sus hogares a los seres que les interesaba, eludiendo la posibilidad de que se amotinara la población.

Dan y sus amigos, iban recogiendo todas estas informaciones y procuraban adaptar su futuro plan de actividades a las posibles condiciones en que se desenvolverían

Dan, Guy, Charlie y el profesor Kinley estaban reunidos al anochecer del séptimo día.

—Por lo visto —decía en aquel momento Guy— Hauer lo mismo puede presentarse dentro de diez minados que tardar un año en nacerlo.

—O no venir nunca —comentó el profesor.

—Esa es la verdad, amigos. Todos nuestros trabajos y penalidades dependen de la presencia de ese hombre.

— ¿Y no podríamos resolver la situación por nosotros mismos, Dan?

—En las condiciones en que nos encontramos, no, Si pudiéramos desenvolvernos normalmente, tal vez una investigación a fondo, nos permitiría llegar a una conclusión favorable, pero bajo la vigilancia de

nuestros enemigos no podemos ni intentarlo.

—Una cosa me preocupa —dijo Charlie—, es el procedimiento que emplean nuestros enemigos para hacer sus detenciones en masa. Ese gas nos dejaría completamente indefensos frente a ellos.

—Yo he tenido ocasión de experimentarlo un par de veces —comunicó el profesor—. Hace cuatro años, con motivo del asesinato de uno de los jerarcas de Helikón, invadieron la ciudad de Nueva York con ese gas. Se trata de una variante gaseosa del Propanol Benceno, que actúa sobre los centros nerviosos, haciendo la desconexión de la conciencia y sumiendo en un profundo sueño de varias horas a los que lo inhalan. Cuando realizan una operación de ese tipo, obligan a todo el mundo, bajo pena de muerte, a que abran las puertas y ventanas de sus casas. Al mismo tiempo, ciñen a la ciudad con un poderoso cinturón de hombres armados que abren fuego contra todo aquel que intenta salir de la misma. Una vez conseguido su objetivo, los hombres de Helikón, dotados de un equipo especial penetran en la ciudad y raptan impunemente a los indefensos terrestres.

— ¿Y qué sería de nosotros si cayéramos bajo los efectos de ese gas?

—Es una circunstancia que no había pensado, Guy —contestó Dan—. Si la cosa sucede mientras estamos en el interior de este edificio no tendrá gran importancia.

—Lo malo sería que sucediera cuando nos encontramos en la calle.

—No es difícil evitar los, efectos de ese gas —intervino de nuevo el profesor—. Con una mezcla de solución de cloruro de etilo y ácido yodhídrico, en determinadas proporciones, se ionizan las moléculas del compuesto letal y el gas pierde sus efectos.

—Es un consuelo saber eso —dijo Guy con sarcasmo— pero no creo que nos sirva de mucho.

—En eso se equivoca, amigo Guy. No olvide que nos encontramos en uno de los mejores laboratorios que existían hace treinta y cinco años. No me extrañaría que tuviéramos aquí todo lo necesario para hacer unas mascarillas que pudieran servirnos en un caso de apuro.

—Ha dado usted en el clavo, profesor. Le ruego que intente usted proporcionarnos lo que nos sugiere.

—Todavía no he explorado detenidamente las distintas dependencias del laboratorio. Ya que podemos necesitar estas mascarillas, voy a dedicarme en seguida a intentar de confeccionarlas. Con tu permiso abandonaré la reunión y veré si dispongo de los elementos necesarios.

—Se lo ruego, profesor

El profesor Kinley se levantó y abandonó la habitación dispuesto a emprender rápidamente su tarea.

—Creo que hemos hecho una adquisición magnífica —comentó Charlie.

—El profesor Kinley explicó Dan— es uno de los sabios de más renombre universal que tenemos en los Estados Unidos. Aunque su especialidad es la física nuclear, sus conocimientos abarcan casi todas las ramas de la ciencia.

Uno de los hombres del grupo mandado por Ricardo, hizo acto de presencia en el despacho.

Qué sucede, Romualdo?

—Me ha enviado Ricardo para que te avise. Quiere que vayas hacia la parte donde se halla la entrada del laboratorio.

Las palabras de aquel hombre causaron cierta sensación. No era Ricardo hombre de los que necesitan la ayuda de nadie, y algo muy grave debía suceder cuando reclamaba la presencia de Dan,

Los tres amigos, acompañados por Romualdo, se dirigieron rápidamente hacia la parte norte del edificio, donde se encontraba la escalera que conducía a través de la trampa movida hidráulicamente, a la planta baja de la fábrica que servía de camuflaje al laboratorio.

Cuando llegaron, Ricardo les hizo un signo para que no hablaran y se movieran en silencio.

— ¿Qué sucede? —preguntó Dan con un susurro.

—Escucha. ¿No oyes nada?

Los tres amigos aguzaron el oído y pudieron escuchar un confuso rumor de voces y pisadas sobre sus cabezas.

—Han entrado en la fábrica.

—Sí, Dan. Pero no es eso sólo. Parece que van persiguiendo a alguien.

De pronto, llegó a sus oídos el claro sonido de dos disparos de pistola, luego un intervalo de silencio y nuevamente volvió a oírse el estruendo de tres disparos más.

—Las armas de los hombres de Helikón, son silenciosas —comentó Dan.

—Eso es lo más sorprendente —dijo Ricardo — Antes ya hemos escuchado otro disparo que parecía venir de la calle.

—Los hombres de Helikón van a la caza de un terrestre.

—También ha sido mala suerte que ese pobre mortal haya venido a refugiarse en la fábrica.

—No es fácil de hallar nuestro escondrijo, Ricardo. El resorte que pone en marcha el mecanismo está muy escondido y consta de varias piezas situadas en sitios distintos. Sería una verdadera casualidad que lo descubrieran nuestros enemigos.

Al rumor del combate, había sucedido un silencio sepulcral. Nuestros amigos afinaron el oído, intentando captar algún sonido.

De pronto llego hasta sus oídos un claro chasquido y Ricardo dio una orden tajante.

— ¡Todo el mundo a los lados de la escalerilla. Han dado con el mecanismo de la trampa!

Ricardo tenía razón. Sobre sus cabezas fue descorriéndose un trozo de techo, dejando al descubierto la entrada al subterráneo. Ricardo había apagado todas las luces y Una difusa claridad venía desde la planta superior.

Alguien comenzó a descender la escalera mientras que el trozo de techo volvía a ocupar su posición primitiva.

Nuestros amigos, esperaron con la respiración contenida, mientras el desconocido iba descendiendo lentamente los escalones.

Ricardo, moviéndose como una sombra, fue aproximándose al pie de la escalera. El desconocido llegó al final de su descenso y se detuvo unos instantes. Su respiración era jadeante. Ella le sirvió de referencia a Ricardo para lanzarse en la oscuridad contra el intruso.

Los dos cuerpos choraron y rodaron por el suelo.

Dan se dirigió tropezando hacia el lugar donde estaba el conmutador de la luz. Mientras avanzaba en las tinieblas oía el jadear de los dos nombres, enzarzados en una terrible lucha. Por fin pudo dar con el conmutador y la luz iluminó la dramática escena. Ricardo había conseguido atenazar con sus piernas las piernas del intruso y su brazo derecho le sujetaba la cabeza, mientras que con la mano izquierda empuñaba su cuchillo que apoyaba en la garganta de su adversario.

Los hombres de Ricardo se lanzaron rápidamente sobre el adversario de su jefe, y en pocos segundos consiguieron inmovilizarlo por completo.

Ricardo se levantó sonriente.

—Nunca me han gustado las visitas inoportunas —dijo mientras volvía a enfundar su cuchillo—. Unos segundos más en encender la luz y no hubiera tenido más remedio que acabar con él.

El hombre había cesado de debatirse y permanecía con la cabeza contra el suelo, bajo el peso de los hombres de Ricardo.

—Está bien —ordenó Dan—. Levantadlo.

Cuando el hombre fue puesto en pie, paseó su furiosa mirada por sus adversarios.

—¡Hauer! —gritó Dan.

Un tinte de sorpresa apareció en los ojos de aquel hombre que se posaron en el rostro de Dan, Durante unos segundos pareció vacilar, luego su garganta lanzó un grito emocionado.

— ¡Dan Newport!

— ¡Hauer! volvió a exclamar Dan mientras se lanzaba a abrazar cordialmente al recién llegado.

—Todo esto me parece un sueño —musitó el hombre. — ¡Dan Newport! ¡Qué lejos estaba de pensar que lo encontraría aquí!

Los hombres de Ricardo habían soltado al intruso y en la cara de todos los presentes se reflejaba la más profunda satisfacción. Aquel era el hombre tan ansiosamente esperado; el hombre sin el cual los esfuerzos realizados durante diez años no servirían de nada.

—Vamos hacia el interior —ordenó Dan con voz emocionada.

—Yo me quedaré aquí —dijo Ricardo—. Tal vez tengamos que hacer frente a otra visita menos grata.

Ricardo y sus hombres se quedaron montando la guardia mientras que los demás se introdujeron en el laboratorio hasta alcanzar el despacho donde se celebraba la conferencia pocos minutos antes.

—Estoy tan sorprendido que no sé qué decir. ¡Son tantas las cosas que me han sucedido en poco tiempo!

— ¡Lo hemos conseguido, Hauer; lo hemos conseguido! Han sido unas jornadas terribles, pero hemos conseguido reunir todos los elementos de nuestro proyecto.

—Durante varios años, he venido a este oculto escondrijo. La esperanza ya comenzaba a desaparecer de mi corazón.

— ¿Y qué es lo que le ha sucedido a usted ahora? —preguntó Guy.

—He tenido un encuentro con los hombres de Helikón.

— ¿Le habrán visto meterse en nuestro refugio? — pregunto Dan con ansiedad.

—No lo creo.

—Hemos oído ruido de lucha.

—Mis enemigos han muerto.

—Cuéntenos lo que ha pasado.

—Hace ya mucho tiempo que esos malditos hombres iban detrás de mi pista. Cuando invadieron nuestro planeta, pusieron todo su empeño en inutilizar a todos los hombres que pudieran representar un peligro para ellos. Muchos fueron asesinados bárbaramente, otros, reducidos a la más denigrante esclavitud, fueron condenados a trabajar en míseras poblaciones de penados en los más duros oficios.

—Nosotros hemos estado en uno de esos campamentos —dijo Dan.

—Yo conseguí despistarles durante varios años. No sé por qué procedimientos se enteraron de mi existencia y me buscaron afanosamente. Hace unos años dieron conmigo y pude escapar milagrosamente. Hoy he vuelto a tener un encuentro con algunos de los hombres lanzados a mi busca y captura. Conseguí despistarles y esconderme en una casa del distrito de Manhattan, pero seguros de que no podía escaparme, cerraron todas las salidas con un importante contingente de hombres armados, y comenzaron un minucioso registro casa por casa. Entonces pensé que podía esconderme aquí. Ya me encontraba en las inmediaciones, cuando fui descubierto por tres de nuestros enemigos. Me escondí en la fábrica y ellos

vinieron en mi busca. Mi mejor conocimiento del teatro de las operaciones me ha permitido vencerles.

Hauer, dio por terminado su relato y guardó silencio.

—Ha sido un verdadero milagro que viniera usted hasta nosotros.

—Sí que lo ha sido. No pensaba hacer mi visita anual hasta dentro de siete meses. La necesidad me ha hecho venir hasta aquí en contra de mis propósitos.

—Esta vez la suerte ha estado de nuestra parte —comentó Charlie.

— ¿Cómo va el proyecto que concibió usted hace años, Dan? ¡No sabe cuán difícil me fue conseguir hacer llegar hasta usted mi nota, aprobando el plan que me sugería!

—Hasta ahora todo marcha bien —contestó Dan—. El profesor Kinley está con nosotros, asimismo disponemos del grupo armado de Ricardo Suárez.

— ¿El héroe español? Corrió la noticia de que lo habían muerto en un combate, allá en su lejana tierra.

—Afortunadamente no ha sido así —sonrió Dan— Él fue el hombre que estuvo a punto de enviarlo a usted a mejor vida.

—Entonces ya no me pesa la derrota. Haber sido vencido en lucha cuerpo a cuerpo con Ricardo Suárez más que una afrenta es un honor.

—Estos son mis amigos —continuó Dan—. Guy Lamorisse, de quien usted habrá oído hablar en otros tiempos.

—Ciertamente —dijo Hauer mientras estrechaba la mano de Guy—, ¿Se trata del famoso piloto; no es así?

—En efecto. Este otro es nuestro amigo Charlie Kaoward. Era el hombre elegido para el caso de que Guy y yo muriéramos antes de poner en práctica nuestro proyecto

Los dos hombres se estrecharon la mano y una sonrisa amistosa selló su amistad.

—Es milagroso que todo haya podido salir a la medida de nuestros deseos.

— ¿Y el Topo? —preguntó Dan, con un ligero temblor en la voz, que no pudo disimular.

—No tema por él, Dan, Se encuentra a buen recaudo. Apenas hace dos semanas estuve en su escondite

La cara de Dan se iluminó con una sonrisa de satisfacción.

—Una última jugada con suerte y comenzaremos a tener una fundada esperanza en cuanto a la liberación de la humanidad —exclamó Dan con un brillo soñador en la mirada.

Guy y Charlie ardían en deseos de conocer el íntimo significado de aquel diálogo, pero la advertencia hecha por Dan, unos días antes, segó a flor de labios las preguntas que pugnaban por salir.

Los cuatro hombres continuaron conversando durante más de quince minutos.

Por ultimo Dan mandó venir al profesor y a su mujer y se repitieron las escenas de asombro y simpatía mutua.

—Bien —dijo Hauer— la penúltima parte de nuestra aventura está a punto de empezar. Estoy a sus órdenes, Dan, para llevarles al refugio del Topo.

—Ahora vamos a cenar. Durante la sobremesa le plantearemos la cuestión a Ricardo, que es el encargado de nuestra protección.

—Esta noche prometo a todo el mundo una excelente cena —dijo Myriam—. Debemos celebrar este encuentro y me esforzaré por hacer memorable la fecha.

—Nada hay mejor que una buena cena para ver con optimismo nuestro futuro —comentó Guy—. Por mi parte prometo hacerle los honores a la maravillosa cocinera que tenemos.

Myriam salió a disponer todo lo necesario mientras los cinco hombres se detenían en un minucioso cambio de impresiones.

CAPITULO VIII

Dos días después de la providencial aparición de Hauer, el Estado Mayor de aquel grupo de esforzados terrestres se hallaba reunido en el amplio despacho del laboratorio.

Ricardo Suárez tenía en aquel momento la palabra.

—Mis hombres se han movido incansablemente intentando resolver la cuestión, pero no puedo decir que los resultados sean satisfactorios.

— ¿Cuál es el estado actual de la misión que se te ha encomendado, Ricardo?

—Ayer conseguimos conectar con uno de los grupos qué laboran en nuestra conspiración y que reunía las condiciones necesarias.

— ¿Se trata del hombre del remolcador, no?

—Así es, Dan. Uno de nuestros hombres estaba de servicio en el puerto, al mando de un remolcador. Pensábamos en él para hacer nuestro traslado.

— ¿Y por qué dice, pensábamos?

Ricardo meditó unos segundos, antes de responder a la pregunta hecha por Hauer.

—Nuestro hombre se encontraba en una magnífica disposición de ánimo para realizar la tarea que le habíamos encomendado. Según él, el tráfico en el puerto de Nueva York, es muy poco intenso. Aprovechando la noche y tomando ciertas precauciones, hubiéramos podido introducirnos en su potente remolcador y hacernos a la mar.

— ¿Y qué dificultades hay ahora? —preguntó Guy.

—Nuestro hombre ya no ocupa su puesto. Hemos hecho algunas discretas averiguaciones y llegado a la conclusión de que ha sido detenido.

—Esa es una gran contrariedad —se lamentó Hauer.

—Entonces, los hombres de Helikón han iniciado una acción de represalia, ¿no es así?

—Así es, Dan. Hace mucho tiempo que no se les veía tan enfurecidos. La población está aterrorizada. Las detenciones e incluso las ejecuciones, se están produciendo a centenares. Corre el rumor de que la ciudad va a ser inundada por una nube soporífera.

—Eso significa que están dispuestos a no dejar ni un solo rincón por registrar —dijo Hauer.

—Ahora más que nunca, nos es necesario un barco para alcanzar nuestro objetivo.

—No veo la forma en que podamos conseguir eso —intervino el profesor Kinley—. Habiendo tallado el hombre que Ricardo tenía dispuesto, no nos será fácil encontrar otro que reúna las condiciones necesarias.

—Podemos esperar hasta que se nos presente otra ocasión — dijo Charlie.

Lo que sucede es, que no podemos esperar, amigos. Los hombres de Helikón, no son tontos. Han ido reuniendo los datos suficientes para empezar a temer algo serio,

— ¿En qué te fundas, Dan?

—La cosa es fácil de deducir, Guy. Los hombres de Helikón conocen la personalidad científica del profesor Kinley y de mí mismo. Saben que tú eres uno de los pocos pilotos extraordinarios que quedaban entre los terrestres. Han visto actuar al grupo de Ricardo y por último, ha desaparecido ante sus propias narices, uno de los hombres más buscados de la Tierra el coronel Hauer.

—Estoy de acuerdo con Dan, —intervino el profesor—. Los hombres de Helikón, son seres sin conciencia, pero no sin inteligencia. No puede haberles pasado desapercibida la posibilidad de que exista un nexo de unión entre todos esos acontecimientos. No saben qué es lo que se fragua, pero temen que sea algo importante.

—Estoy seguro de que es a nosotros a quienes buscan.

—Opino lo mismo, Hauer —dijo Dan—. No dejarán piedra sobre piedra, hasta haber dado con nuestro paradero. La desaparición de Hauer y el profesor les indica que nos encontramos en Nueva York.

— ¿Quieres decir que si les damos tiempo para encontrarlo acabaran consiguiéndolo?

—Eso sospecho, Guy.

—Quizá podamos resolver la situación dando un golpe de audacia — dijo Ricardo—. El puerto no está muy vigilado por las noches. Mis hombres y yo podíamos intentar apoderarnos de una embarcación.

—Eso supone un gran riesgo.

—Ya lo sé, coronel Hauer. Pero no encuentro otra salida.

—Tal vez tengamos que recurrir a ese procedimiento —terció Dan—, De todos modos, estudiaremos todas las posibilidades que estén a nuestro alcance.

— ¿Y no sería mejor que abandonáramos este laboratorio, ahora que ya hemos conseguido reunirnos todos, y nos adentráramos hacia al interior del país?

—No podemos hacerlo, Charlie. Los hombres de Helikón estarán vigilando todas las salidas; eso por un lado, por otra parte te diré que nuestro camino no va hacia el interior de la tierra firme, sino hacia el mar.

Charlie hizo un gesto ambiguo, como queriendo significar que no comprendía el porqué de aquella actitud.

Dan pasó una mirada por aquel grupo de hombres, con el cual se hallaba tan íntimamente ligado y tomó de nuevo la palabra.

—Creo que ha llegado el momento de que nuestro secreto sea compartido por todos.

—Estoy de acuerdo con usted, Dan. Si nuestra empresa fracasa ahora, difícilmente podría volver a reanudarse.

El profesor asintió con una mirada a la muda interrogación que le dirigía Dan en aquellos momentos.

—La cuestión es la siguiente. Cuando los hombres de Helikón iniciaron la invasión de la Tierra, el profesor Kinley y yo trabajábamos en el proyecto mío de una nave de vuelo interplanetario. Yo había realizado el diseño de la misma y el profesor Kinley se encargó de la adaptación de unos motores impulsados por energía nuclear.

Guy, Charlie y Ricardo, permanecían pendientes de las palabras qué brotaban de los labios de Dan.

—Durante dos años estuvimos trabajando, llevando a la realidad lo que antes no era más que un sueño, pero la invasión de los hombres de Helikón interrumpió nuestra tarea.

Dos semanas antes de la rendición de los terrestres, tuvimos que abandonar nuestro trabajo.

El Gobierno de los Estados Unidos decidió que la extraordinaria nave interplanetaria, casi totalmente terminada, fuera guardada en un lugar seguro, al objeto de que no cayera en manos de nuestros enemigos. En aquellos tiempos, todavía teníamos la esperanza de conseguir una victoria.

—El gobierno envió a un hombre para que se hiciese cargo de los planos y del aparato mismo —intervino el profesor.

—Ese hombre era el coronel Hauer —terminó Dan.

—Ahora voy viendo claro el asunto —intervino Charlie—. El coronel Hauer, se hizo cargo de todo y escondió el aparato.

—Así es —confirmó el aludido—. Tenía órdenes expresas de conducir el aparato a un sitio donde fuera imposible encontrarlo por casualidad. Durante varios días me devané los sesos pensando en la solución, hasta que di con ella.

—Se encuentra en alguna isla del Océano Atlántico —interrumpió Guy.

—No es eso precisamente. El aparato se encuentra en el fondo del mar.

— ¡Por Santiago! Esa sí que es una extraña noticia.

— ¿Por qué la encuentra extraña, Ricardo?

—Tantos desvelos —dijo él aludido— y ahora resulta que el aparato fue hundido en el mar. De poco puede servirnos en esas condiciones.

—Fue hundido en el mar —continuó Hauer— pero ello no quiere decir que no podamos rescatarlo.

—Pero, en las condiciones en que nos encontramos, eso resulta imposible. Quizá si dispusiésemos de un gran equipo de grúas flotantes, buzos, barcos, etc., podríamos conseguirlo...

—Tienen ustedes un mal concepto de mi inteligencia. Para hundir el avión en el mar, lisa y llanamente, no habría necesitado pensarlo ni un segundo. El avión se encuentra en el fondo del mar, pero es perfectamente rescatable. Lo único que necesitamos es un pequeño barco que nos lleve hasta el lugar del Océano donde se encuentra.

—Ahora comprendo la urgente necesidad de conseguir ese barco —murmuró Charlie.

—Entonces no habrá otro remedio que tomar uno por asalto —aseguró Ricardo.

—Esa será la solución, si no encontramos otra. El hacerlo así supone un gran riesgo, pues podemos ser seguidos por nuestros enemigos, con lo cual sería imposible realizar el rescate, pero lo intentaremos si no encontramos otra forma.

—Antes de emprender la marcha, hemos de procurarnos un control electromagnético —dijo Hauer—. Yo tengo uno escondido. Sin él sería inútil todo nuestro trabajo.

—Creo que no será preciso salir de aquí para tenerlo —intervino el profesor. ¿Se trata de unos mandos a distancia para algún aparato eléctrico?

—Así es, profesor. El procedimiento de inmersión está regulado por un generador eléctrico, con carga para veinte años.

—En el laboratorio tenemos dos o tres controles de ese tipo —replicó el profesor— Si no hay más complicaciones, cualquiera de ellos es bueno.

—Me quito una gran carga de encima. No hay complicaciones de ninguna especie. El problema consiste en cortar la corriente de un electroimán.

—Entonces, no se preocupe más de ello, coronel Hauer. Los aparatos que tenemos aquí son apropiados para esa tarea.

—Entonces, ya no tenemos otro problema que el de conseguir el bateo —dijo Dan—. El tiempo nos urge y no tendremos más remedio que asaltar una de las embarcaciones surtas en el puerto.

—Hay un lugar del puerto que se presta admirablemente para la maniobra —comunicó Ricardo—. Está situado hacia el norte y apenas si hemos podido observar ningún movimiento por allí. En los distintos viajes que hemos hecho, hemos podido observar que hay seis u ocho embarcaciones de mediana potencia que pueden servir para el caso.

—Ahora son las nueve de la noche. Dentro de dos horas, haréis una incursión en compañía de Guy —ordenó Dan— El reconocerá el motor de una de esas embarcadores y nos dirá, si está en condiciones de hacerse a la mar. Si es así, intentaremos la operación mañana por la noche.

—Con mucho gusto haré lo que me ordenas. Dan. Tengo verdaderas ganas de respirar un poco de aire fresco.

—Yo mismo iré con el grupo que vaya a hacer la inspección —dijo

Ricardo—. Siento que Guy tenga que correr este riesgo, pero ni yo ni ninguno de mis hombres sabríamos distinguir un motor bueno de uno malo.

— ¿Y cuál será nuestro objetivo, una vez que hayamos recuperado el aparato?

—Nuestro objetivo es la «Base Titán», Guy. Como todos sabéis, los hombres de Helikón no podrían ejercer un dominio eficaz sobre la Tierra si no fuera por el terror que inspiran sus procedimientos de destrucción. Su organización en nuestro mundo es bastante amplia, pero no podrían impedir que un alzamiento general acabara con su dominio. La «Base Titán» dispone de medios de destrucción tan potentes que podría destruir toda la vida sobre el planeta en muy pocas horas.

— ¿Entonces piensas que la ataquemos?

—Exactamente. Nuestro aparato dispone de una completa dotación de torpedos aeroatómicos. Hace diez años pensamos que llegaríamos a tiempo de utilizarlo en nuestra lucha contra los invasores. Fue entonces cuando preparamos sus armas y llevamos los proyectiles atómicos. Si conseguimos ponerle en marcha tenemos grandes posibilidades de destruir la «Base Titán» y provocar un levantamiento general de todos los pueblos oprimidos.

—Comprendo que es una gran ventaja —admitió Guy—, pero no creo que nos conceda la victoria. Los hombres de Helikón enviarían nuevos ingenios destructores desde su lejana estrella. El simple hecho de que puedan vivir en una estrella incandescente indica de lo que son capaces.

—Quizá puedan reponer otra base del tipo «Titán», pero lo que puedo asegurarte es que no la mandarán desde Helikón.

— ¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Charlie.

—Es una historia que ahora no puedo contaros.

Ya lo hará el profesor Kinley en otra ocasión. Sólo os diré que Helikón no existe.

La mayor parte de los hombres reunidos allí mostraron en su cara el asombro que les producía las palabras de Dan. Tuvo que intervenir Kinley para dar consistencia a la afirmación de su amigo.

—Lo que ha dicho Dan es cierto. Esa estrella que vemos lucir, gemela a nuestro Sol, no existe. Ya explicaré el caso en cuanto tengamos una ocasión. Ahora reclaman nuestra atención otros problemas.

Todos se conformaron con esperar la explicación del profesor en otro momento más oportuno.

Dan iba a tomar nuevamente la1 palabra cuando uno de los hombres de Ricardo, de los que hacían guardia a la entrada del laboratorio, irrumpió en el despacho.

— ¿Qué sucede, Teógenes?

—Es preciso que vengas. Ricardo. Parece que tenemos visita.

Todos los hombres se pusieron de pie, como impulsados por un resorte, ante las palabras del emisario.

—Vamos allá.

En pocos segundos se trasladaron hasta el pie de la escalera de acceso al laboratorio. Esta vez los ruidos podían escucharse con toda claridad, ya que un nutrido grupo de seres se movía sobre el suelo de la fábrica.

Las voces y las órdenes se mezclaban con fuertes golpes.

—Parece ser que están demoliendo la fábrica —apuntó Ricardo.

—El enemigo lleva este vez una ofensiva a fondo —comentó Dan.

—Quizá han encontrado mi pista —dijo Hauer.

—Si es así, acabarán por dar con el mecanismo que da entrada a este recinto. Dan, creo que debemos hacer algo.

—Tienes razón, Guy. Nuestro enemigo se ha tomado la molestia de desvanecer nuestras vacilaciones. Debemos intentar alcanzar el puerto y apoderarnos de una de esas naves.

— ¿Y por dónde vamos a salir? —preguntó Hauer.

—Hace tiempo que tengo previsto eso. Este laboratorio tiene un túnel de salida qué da al East River. En otros tiempos era utilizado para evacuar los residuos de la descomposición nuclear. Por ahí podremos escapar.

No habla terminado de pronunciar estas palabras cuando se oyó un chasquido que les heló la sangre en las venas.

La trampa que dejaba al descubierto la escalera de acceso comenzó a descorrerse suavemente. Unas voces de alerta vinieron de la parte superior, indicando claramente que los enemigos se habían percatado de lo que sucedía.

— ¡Todo el mundo atrás! — Rugió Ricardo—. Mis hombres y yo cubriremos la retirada.

— ¡Seguidme todos! —gritó Dan—. Tú, Ricardo, procura contener a nuestros enemigos y luego ve retrocediendo escalonadamente, Charlie os esperará en el pasillo para conduciros hasta el túnel.

Apenas Dan y los demás se habían introducido por el pasillo que conducía al interior del laboratorio cuando un grupo tumultuoso de hombres de Helikón comentó a descender por las escaleras.

— ¡Fuego! ordenó Ricardo.

Todos los hombres de su comando obedecieron instantáneamente la orden, y el tableteo de las ametralladoras inundó el laboratorio con un ruido infernal.

Los hombres de Helikón, que no esperaban tal recibimiento, rodaron por las escaleras, heridos de muerte por la furiosa andanada.

Los que todavía no habían entrado en la escalera retrocedieron precipitadamente y se dispusieron a asediar a sus adversarios.

Afortunadamente para los hombres de Ricardo, la única posibilidad de

ataque de sus enemigos residía en aquel rectángulo que daba acceso a la escalera. Si no disponían de armas arrojadizas, sus enemigos encontrarían gran dificultad en hacer uso de sus armas contra los defensores del laboratorio. En dos o tres ocasiones intentaron penetrar en avalancha, pero el cerrado fuego de los defensores les hizo desistir de su empeño.

Mientras Ricardo y sus hombres trataban aquel desesperado combate, Dan llevaba al resto de los conspiradores a través del mencionado túnel. Después de andar unos treinta metros por entre las estrechas paredes del túnel encontraron cerrado su paso por una sólida puerta.

Guy intentó derribarla con el empuje de sus poderosos hombros, pero todo fue inútil.

—No creo que lo consigamos —dijo el gigante mientras se tomaba un momento de reposo para volver a lanzarse contra la puerta.

— ¡Espera un momento! Ahora mismo volveré.

Dan retrocedió y unos segundos después volvió con uno de los hombres del Ricardo arrancado al fragor del combate.

—Vamos con ella, José.

El hombre levantó su fusil-ametrallador y apuntó a la pesada cerradura, un tableteo ensordecedor se escapó de su arma y el estrecho pasadizo se llenó de humo.

—Veamos cómo está ahora.

Dan se aproximó a la puerta y la observó detenidamente.

—Falta muy poco. Otra ráfaga y lo habremos conseguido.

—Se me han agotado las municiones. Tendré que volver por más.

—Dejadme probar a mí.

Guy llenó sus pulmones de aire y lanzó su formidable cuerpo de atleta contra la puerta. Al impacto recibido la cerradura saltó por el aire, dejando el camino libre a nuestros amigos.

—Dile a Ricardo que vaya retirándose —ordenó Dan al hombre que permanecía con el fusil-ametrallador en las manos.

—Salgamos hacia el río.

Diez metros más de túnel y desembocaron sobre una de las riberas del East River. Un extraño silencio reinaba en toda la ciudad, mientras que una pesada niebla difuminaba los edificios.

— ¡Atrás, atrás! —Gritó el profesor Kinley— Es la nube del sueño.

Precipitadamente obedecieron la voz del profesor y poco después se encontraban protegidos por la puerta, que Guy sujetaba firmemente.

—Han inundado la ciudad con el gas letal —dijo el profesor—. Afortunadamente hace ya algún tiempo que tengo preparadas las mascarillas.

A una indicación del profesor, Guy y Hauer se introdujeron con él hacia las dependencias interiores del laboratorio. Poco después volvían con una

gran caja y unas botellas conteniendo un líquido amarillento.

Myriam sacó las improvisadas mascarillas, consistentes en un paño con cuatro cintas en los ángulos, y las entregó a todos los reunidos. Luego, el profesor las fue humedeciendo con el contenido de las botellas.

—Procuren apretárselas bien contra la nariz y la boca.

En aquel momento, el ruido ensordecedor de las armas atronó todos los ámbitos del laboratorio. Poco después llegaban Ricardo con sus hombres.

En un abrir y cerrar de ojos fueron dotados de la protectora mascarilla.

Dan hizo una seña y la fantástica comitiva salió al exterior.

La ciudad dormía bajo un impresionante silencio. De vez en cuando se veía cruzar algún grupo de hombres de Helikón que protegidos por un equipo especial, recorrían las calles dedicados a su siniestra tarea.

Ricardo llevaba desplegadas sus fuerzas en orden de combate, en previsión de algún encuentro.

La niebla del sueño les protegía afortunadamente en su éxodo hacia el puerto. Parecían una extraña procesión de fantasmas moviéndose en un mundo misterioso e irreal.

Por fin alcanzaron su objetivo sin tener ningún encuentro desagradable.

Ricardo señaló un logar con un movimiento de su brazo y todos los hombres se dirigieron hacia allí.

El lugar señalado por Ricardo estaba en la parte Norte del puerto. Dan pudo precisar cinco embarcaciones de regular tonelaje.

De pronto, Ricardo extendió sus brazos indicando, que se detuvieran. Un grupo, formado por tres hombres dotados con el extraño equipo protector, se vislumbraba a pocos metros de distancia.

Ricardo hizo una seña a tres de sus hombres y éstos se deslizaron como sombras en dirección a los hombres de Helikón. Un instante después llegaba a los oídos de los demás el sordo rumor de la pelea.

Cuando volvieron los tres hombres el camino estaba libre.

Dan observó detenidamente las cinco embarcaciones y se decidió por una de ellas. En pocos segundos saltaron a la cubierta de la misma y Guy y el coronel Hauer descendían a la sala, de máquinas.

—Todo va bien — dijo Guy cuando salió de nuevo a la cubierta—. El coronel Hauer dice que es suficiente la potencia de los motores. Hay combustible y podemos hacernos a la mar.

—Pues no perdamos ni un instante —dijo Dan a través de la mascarilla

Guy y el coronel Hauer, auxiliados por varios hombres de Ricardo, consiguieron poner en marcha el pequeño barco, y la nave comenzó a navegar con Dan asido férreamente a la rueda del timón.

CAPITULO IX

El barco había lanzado su ancla después de una hora de navegación

Hauer consultaba los instrumentos de navegación y hacía algunos cálculos sobre una carta geográfica.

—Estoy seguro de que nos encontramos en el lugar preciso. Unos doscientos metros delante de nosotros está enclavado el sitio donde reposa el aparato.

—De pronto lanzó una exclamación.

— ¡Se nos ha olvidado el aparato de control a distancia.

—No tema usted—contesto el profesor—. El asunto era demasiado importante para que fallara mi memoria esta vez.

El profesor cogió una pequeña caja negra que había dejado sobre una mesa y la mostró al Coronel,

—Aquí está el interruptor a distancia. Cuando fui por las mascarillas me acordé de recogerla.

Todos dieron un suspiro de satisfacción y felicitaron al profesor por su feliz memoria,

— ¿Y dice usted que el aparato se encuentra a unos doscientos metros del lugar que ocupamos?

—Así es, profesor.

— ¿Cuál es la profundidad de este paraje?

Dan consultó algunos instrumentos y dio una cifra.

—Está bien —dijo el profesor mientras destapaba la caja—. Ahora es preciso saber el potencial de esas baterías.

Hauer tomó la palabra:

—La carga estaba calculada para veinte años, suministrando una presión continua de quinientos kilowatts.

El profesor centró su mirada en el pequeño aparato que tenía ante sí y comenzó a manipular en él con dedos ágiles.

—El avión —explicó Hauer— se encuentra dentro de una cámara de aire, la cual tiene en su base inferior uros círculos de acero a los que están adheridas, por medio del electroimán que actúa en el interior de la cámara, unas pesadas cargas de hierro. Si el profesor consigue desconectar el electroimán, las cargas de hierro se soltarán de las placas de acero y la cámara de aire comenzará su ascenso con su preciosa carga.

El profesor Kinley abandonó por un momento el aparato que estaba manejando y comenzó a hacer una serie de complicados cálculos.

—Calcúleme la integral de dos con ochenta y uno, equis cuatro, Dan.

Dan obedeció las órdenes del profesor y poco después le daba una cifra.

—Bien; ya está todo en orden. Ruego a Dios que no nos falle el aparato.

Con sus largos dedos hizo girar el botón de un dial, hasta situarlo en el punto que le convenía. Luego alargó la mano izquierda y cambió la posición de un conmutador.

—Ya está. Si todo ha ido en orden hemos triunfado.

Los segundos fueron pasando y hubiera podido escucharse el latir de los corazones de aquellos anhelantes seres.

Tanto Dan como los demás intentaban taladrar con su mirada la oscuridad de la noche, en la dirección que había señalado Hauer.

—No se ve nada extraordinario —comentó Guy.

—Todavía es pronto Calculando aproximadamente la velocidad de ascensión aún faltan veinte segundos para que salga a la superficie la cámara de aire

Myriam musitaba en voz baja una oración para que tuviera éxito la empresa.

El tiempo señalado por el profesor fue pasando con lentitud desesperante.

De pronto, el barco fue sacudido por una imprevista ola.

— ¿ Qué demonios es esto? —exclamó Ricardo.

— ¡Lo hemos conseguido! —gritó el profesor entusiasmado—. Es la ola de agua que desplaza la cámara de aire en su ascenso.

Pocos segundos después salía a la superficie el anhelado objetivo de la arriesgada expedición.

Se trataba de una inmensa caja de materia plástica transparente, en el interior de la cual reposaba, como un gran pájaro fatigado, el más extraordinario avión que pudiera soñar la mente humana.

—Dirija el barco hacia allí —dijo Hauer—. Tenga mucho cuidado, Dan.

Dan accionó la palanca que recuperaba el ancla del barco y luego se asió con firmeza al timón. Los motores zumbaban suavemente, puestos al mínimo de su potencia, y el barco se aproximó a su objetivo. Treinta metros antes de llegar dio marcha atrás y la nave fue frenando su impulso, al mismo tiempo que viraba suavemente, poniéndose en dirección paralela a la enorme caja de plástico.

Todos los expedicionarios miraban con ojos atentos la fantástica silueta de la poderosa aeronave.

Todo el aparato estaba barnizado de rojo y en uno de sus lados, junto a la proa, podía leerse en grandes letras amarillas: TOPO-K.

Un ¡hurra! formidable salió de todas las gargantas.

—Ahora es preciso que intentemos el remolque —dijo Dan—.

—Dé la vuelta hacia la cola del avión —dijo Hauer— En previsión de esta circunstancia, la parte posterior de la caja tiene unas argollas. Allí debemos atar los cables.

Dan volvió a maniobrar con cuidado hasta conseguir la posición deseada. La pared posterior de la inmensa caja, construida de una sola pieza, mostraba cuatro gruesas argollas, sujetadas a la materia plástica por medio de unos platillos de acero.

—Vamos a intentar fijar unos cables a esas argollas.

—Mis hombres y yo realizaremos esa tarea —dijo Ricardo—. El barco dispone de dos botes que lanzaremos al agua y con los cuales nos acercaremos hasta el sitio preciso.

—De acuerdo —admitió Dan.

En pocos minutos estuvieron los dos botes balanceándose sobre la superficie del mar. Dan maniobró con el barco y encaró la popa con la parte posterior de la caja. Cuatro cables de acero fueron desenrollados y llevados por los hombres de Ricardo hasta el lugar donde se encontraban las argollas.

Media hora más tarde estaba terminada la operación y Ricardo, y sus hombres volvían a pisar la cubierta del barco.

—¡Buen trabajo, Ricardo! —exclamó Dan.

—Buen trabajo el de los hombres que nos han traído hasta aquí — respondió Ricardo modestamente.

— ¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Guy.

Dan miró a Hauer y éste tomó la palabra:

—Nuestro objetivo no está lejos. Cuando me encargué de hacer desaparecer al TOPO-K, tuve buen cuidado de hacerlo en las proximidades de una base submarina. A lo largo de las costas americanas, el Gobierno estableció, antes de la invasión, una serie de bases secretas. Una de ellas está situada en la isla de Nantucket, algo más al Norte de la posición que ocupamos. Allí llevaremos al TOPO-K y lo pondremos en condiciones de poder atacar a nuestros enemigos

Un ¡hurra! formidable acogió las palabras de Hauer.

—Tendremos que darnos prisa si queremos hacer la mayor parte del camino antes de que amanezca —dijo el profesor Kinley.

— ¡Todo el mundo, a sus puestos! —gritó Dan— El barco tomo el rumbo de la isla de Nantucket, arrastrando tras de sí la fantástica mole de la nave interplanetaria.

Myriam miró a los ojos de su marido y éste, la estrechó dulcemente.

— ¿Crees que lo conseguiremos, Dan?

El hombre no contestó. Las facciones de su rostro mostraban una férrea decisión y en sus ojos había un brillo de esperanza.

Mientras tanto, la nave avanzaba con rumbo norte, camino de la victoria o de la muerte.

FIN DEL TOMO

COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO
ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

Nº	Título	Autor
5	Pánico en la Tierra	Alf. Regaldie
6	La horda amarilla	George H. White
7	Policía sideral	George H. White
8	La I.P. nº 1 en peligro	Alf. Regaldie
9	Rumbo a lo desconocido	George H. White
10	Los hombres araña de Júpiter	Alf. Regaldie
11	La abominable bestia Gris	George H. White
12	La conquista de un imperio	George H. White
13	El reino de las tinieblas	George H. White
14	Dos mundos frente a frente	George H. White
15	Salida hacia la Tierra	George H. White
16	Venimos a destruir el mundo	George H. White
17	Guerra de autómatas	George H. White
18	Piratas del espacio	Alf. Regaldie
19	Errantes en el infinito	Alf. Regaldie
20	El misterio de los hombres de piedra	Alf. Regaldie
21	Trágico destino	Alf. Regaldie
22	Si los mundos chocan	Alf. Regaldie
23	Redención no contesta	George H. White
24	Mando siniestro	George H. White
25	División X	George H. White
26	Robinsones cósmicos	George H. White
27	Muerte en la estratosfera	George H. White
28	Destructores de mundos	Alf. Regaldie
29	D3, base de monstruos	Alf. Regaldie
30	El enigma de Acrón	Alf. Regaldie
31	Apocalipsis atómica	Alf. Regaldie
32	¡Ha muerto la Tierra!	Joe Bennett
33	Invasión nahumita	George H. White
34	Mares tenebrosos	George H. White
35	Contra el imperio de Nahum	George H. White
36	La guerra verde	George H. White
37	Amenaza latente	Larry Winters
38	Los hombres de Noidim	Larry Winters
39	La nueva patria	Larry Winters
40	El hombre rojo de Tacom	Walter Carrigan
41	El reino de las sombras	Walter Carrigan
42	Las bases de Tarka	Walter Carrigan
43	El Kipsedón sucumbe	Walter Carrigan
44	Motín en Valera	George H. White
45	El enigma de los hombres planta	George H. White
46	El azote de la humanidad	George H. White
47	La ruta de Marte	Larry Winters
48	Expedición al éter	Larry Winters
49	Fugitivos en el cosmos	Larry Winters
50	Avanzadilla a la Tierra	Larry Winters
51	Amor y muerte en el Sol	Mike Grandson
52	Fymo, nuevo mundo	Joe Bennett

53	Tierra de enigmas	Joe Bennett
54	Asteroide maldito	Joe Bennett
55	Operación Cefeida	Profesor Hasley
56	El Atom S2	George H. White
57	El coloso en rebeldía	George H. White
58	La Bestia capitula	George H. White
59	El enigma cósmico	Profesor Hasley
60	Extraño visitante	George H. White
61	Más allá del Sol	George H. White
62	Los hombres de Alfa	Profesor Hasley
63	Entropía	Profesor Hasley
64	Marte, el enigmático	George H. White
65	¡Atención... Platillos volantes	George H. White
66	Raza diabólica	George H. White
67	Un astro en el camino	C. Aubrey Rice
68	Intruso sideral	Profesor Hasley
69	Llegó de lejos	George H. White
70	Cuando el monstruo ríe	Alf. Regaldie
71	Heredó un mundo	George H. White
72	Desterrados en Venus	George H. White
73	La legión del espacio	George H. White
74	Bolas blancas de Yereblu	C. Aubrey Rice
75	La ciudad submarina	Red Arthur
76	Pánico en los espacios siderales	Karel Sterling
77	El mundo sumergido	Profesor Hasley
78	Base Sakchent nº 1	Profesor Hasley
79	Sosias infernales	Karel Sterling
80	Gan-X	C. Aubrey Rice
81	"Ellos" están aquí	George H. White
82	El enigma del C.O.E.	Profesor Hasley
83	La gran amenaza	Profesor Hasley
84	Los mares vivientes de Venus	Karel Sterling
85	¡Piedad para la Tierra!	George H. White
86	Despertar en la Tierra	Larry Winters
87	El mundo perdido	Larry Winters
88	La sinfonía cósmica	Profesor Hasley
89	El hombre de ayer	Profesor Hasley
90	Lance King: Pionero del tiempo	Karel Sterling
91	La muerte flota en el vacío	C. Aubrey Rice
92	Cuarta dimensión	Profesor Hasley
93	¡Luz sólida!	George H. White
94	Hombres de titanio	George H. White
95	¡Ha muerto el Sol!	George H. White
96	Exilados de la Tierra	George H. White
97	El imperio milenario	George H. White
98	TOPO-K	Profesor Hasley
99	El fin de la Base Titán	Profesor Hasley

Un puñado de hombres contra un mundo poderoso; una terrible carrera contra el tiempo; un desesperado batallar para conquistar la libertad. Todo eso y una continua emoción forman la apasionante trama de la próxima novela

EL FIN DE LA BASE TITAN

Cuando todo parecía perdido, un rayo de esperanza iluminaba el corazón de aquellos audaces aventureros. En esta nueva novela del

PROFESOR HASLEY

podrá encontrar el lector las aventuras más apasionantes y verosímiles, enclavadas en un marco de gran fantasía. La colección

Luchadores del Espacio

ofrece a sus lectores este nuevo título, salido de la mano maestra del

PROFESOR HASLEY

con la seguridad de que serán captados por la emoción y la intriga que, ininterrumpidamente, discurre desde el primero hasta el último capítulo.

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: **6** *pesetas.*